Max Weber
Política y Ciencia

Max Weber
Política y Ciencia

Max Weber, *Política y Ciencia*

© Editorial La Pleyadé (1976)
Argentina.

Traductor: Carlos Correas

Índice

Introducción _____ 5
La Política como Vocación _____ 7
La Ciencia como Vocación _____ 51

Introducción

El presente texto es la compilación de las famosas conferencias de Max Weber denominadas «*La Política por Vocación*» y la «*Ciencia por vocación*» con los famosos conceptos de *Monopolio de la Violencia* la primera y en la segunda el *Desencanto del Mundo*, que se profundizarian en su famosa obra Economía y Sociedad, se ha decidido dejar el escrito original de la editorial, sin agregar cambios en el texto a excepción de notas a pie de páginas con comentario o explicaciones de los conceptos del texto en cursiva o entre comillas.

Se deja al lector que interprete a su manera el texto presente, sin dejar por ello de consultar manuales de Sociología, Historia o Ciencia Política que le ayuden a comprender el presente estudio. Que a más de cien años de su exposición original continua vigente para todo aquel que se dedique a estudiar Historia, Filosofía, Sociología, Ciencias Políticas o disciplinas conexas.

El Editor.
(09 · Feb · 2026)

Max Weber

Ciencia y Política

La Política como Profesión*

En este ensayo sobre la política como profesión se excluirán los problemas relativos al contenido de la actividad política, a la política determinada que hemos de hacer. Sólo en las consideraciones finales nos ocuparemos de la formalidad de las posiciones políticas ante los problemas actuales, dentro del marco más amplio de la actividad humana. La intención de nuestro tema es tratar la cuestión general de la esencia y del significado de la política como profesión. Al encarar el concepto de política observamos en primer lugar su excepcional extensión, en tanto se refiere a toda clase de actividad humana directiva autónoma. Así se habla de la política de reservas bancarias, de la política crediticia del Banco del Reich, de la política sindical en una huelga, de la política educativa urbana o rural, de la política reali- zada por el presidente de una sociedad y hasta de la política astuta de una esposa que intenta gobernar a su marido. Dejamos a un lado este extensísimo con- cepto y convenimos en entender por política la dirección, o la influencia sobre esa dirección, de una agrupación política, o sea, en la actualidad, de un Estado.

Si consideramos en sentido sociológico el ser de una agrupación política, también dejaremos a un lado todo intento de definición sociológica que se funde en el contenido de la actividad de esa agrupación. Por una parte, casi no hay actividades que no hayan sido realizadas por agrupaciones políticas, y, por otra parte, casi no hay actividad que haya sido reali- zada exclusivamente por las agrupaciones políticas que hoy se denominan Estados, o por las agrupaciones que históricamente han precedido al Estado mo- derno. Para definir en sentido sociológico a este Estado moderno debemos vincularlo a un medio pe- culiar poseído por este Estado, en tanto es una agrupación política: la violencia física. El enunciado de Trotsky en Brest-Litovsk: "T*odo Estado se funda en la violencia*" tiene verdad objetiva. El con- cepto de "Estado" desaparecería si no hubiera nada más que formaciones sociales que ignoraran el recurso de la violencia; en este caso tendríamos lo que en ese sentido peculiar se llama "anarquía". Por supuesto que la violencia no es ni el medio normal ni tampoco el único medio utilizado por el Estado; es, sí, su medio específico. Justo en la actualidad hay una relación íntima y peculiar entre el Estado y la violencia. El empleo de la violencia como un recur- so del todo normal lo encontramos en el pasado, en los grupos más diversos, comenzando

* La primera publicación en castellano de este escrito fue en la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales Tomo V Núm. 16 (1959).

por el grupo familiar. En la actualidad, en cambio, definiremos el Estado como la comunidad humana que en el ám- bito de determinado territo"rio (aquí "el territorio" es el elemento diferencial) requiere exitosamente como propio el monopolio de la violencia física legítima. Lo peculiar de la época actual es que a las demás agrupaciones o a los individuos aislados sólo se les da el derecho a la violencia física en tanto el Estado lo consiente. El Estado se presenta como la única fuente del "derecho" a la violencia. De este modo estableceremos como significado de la política la aspiración a participar en el poder o la aspiración a influir en el reparto del poder entre los diversos Estados, o, en el interior de un mismo Estado, entre los diversos grupos de individuos que lo constituyen.

Nuestra definición se vincula, en esencia, con el significado corriente de la palabra. Si se dice que un problema es político, o que un ministro o un funcionario son "políticos", o que una decisión tiene condicionamientos "políticos", se quiere decir, en todos los casos, que la solución de ese problema, o la delimitación del campo de acción de ese funcio- nario, o las condiciones de esa decisión, dependen inmediatamente de los intereses que giran alrededor del reparto, de la conservación o del traspaso del poder. El que hace política ambiciona el poder; el poder como medio para el logro de otros fines (ideales o egoístas) o el poder "por el poder", para el goce del sentimiento de prestigio proporcionado por el poder.

El Estado, al igual que todas las agrupaciones políticas históricamente anteriores, es una relación de dominio de unos hombres sobre otros hombres, relación mantenida por la violencia legítima (o con- siderada como tal). Necesita, pues, para sostenerse, que los dominados se sometan a la autoridad que re- claman como propia los dominantes del momento. ¿Cuándo y por qué se produce ese sometimiento?

¿En qué motivos de justificación y en qué medios externos se basa ese dominio?

Comenzamos por consignar, en general, tres tipos de justificaciones internas, que son otros tantos fundamentos de la legitimidad de un dominio. En primer lugar, la legitimidad del "pasado eterno", de la costumbre santificada por su constante validez y por la perenne actitud de hombres que la respeten. Este es el dominio "tradicional" ejercido por los patriarcas y por los antiguos príncipes patrimonia- les. En segundo lugar, la legitimidad de la gracia (carisma) personal y excepcional, la adhesión exclusivamente personal y la fe también personal en la aptitud que un individuo singular posee (o se considera que posee) para las intuiciones reveladoras, el coraje u otros atributos adjudicados al caudillo. Este poder "carismático" fue el practicado por profetas, o, en el campo político, por jefes guerreros designados, por grandes gobernantes surgidos de plebiscitos, por grandes demagogos, o por los jefes de partidos políticos. Por último, la

legitimidad fun- dada en la "legalidad", en la fe en la validez de nor- mas legales y en la "idoneidad" objetiva basada en preceptos de origen racional, a saber, en la actitud de obediencia a prescripciones de estatuto legal. De este tipo es el dominio que practican los modernos "servidores del Estado" y los titulares del poder que asumen semejante misión. En realidad, se da por supuesto que la obediencia está condicionada por motivos de miedo y de esperanza muy poderosos -miedo de la venganza del poderoso o de poderes mágicos, esperanza de una recompensa en este mundo o en el más allá- y, además, por otros intereses muy diversos. En segui- da hablaremos de esto. Pero en la consideración de la "legitimidad" de esta obediencia siempre encontramos uno de estos tres tipos "puros": "tradicional", "carismático" y "legal". Estas ideas sobre la legitimidad y sobre sus justificaciones internas tienen una gran significación pa- ra la estructura de la dominación. Claro que los tipos puros raras veces se encuentran en la realidad, pero ahora no podemos ocuparnos de las modifica- ciones, transiciones y combinaciones de estos tipos puros; estas cuestiones conciernen a la problemática de la "teoría general del Estado". Ahora nos interesa especialmente el segundo de estos tipos: el dominio en virtud de la entrega de los que obedecen al "ca- risma" puramente personal del "caudillo". En esta entrega se basa la idea de una vocación en su expresión más alta.

La adhesión al carisma del profeta, o al jefe en la guerra, o al gran demagogo en la *ecclesia* o en el parlamento, significa que se considera que el dirigente posee en su persona la vocación de conducir a los hombres, y que éstos obedecen no en virtud de la tradición o de un precepto moral sino porque creen en ese dirigente. Y éste, a menos que sea un resulta- do vano y contingente de la situación, "vive para su obra". La adhesión de los discípulos, del séquito, de los amigos y de los partidarios se dirige a la persona y alas cualidades del jefe carismático. El caudillaje carismático ha surgido en todas partes y en todas las épocas históricas. En el pasado las formas más importantes han sido dos: la del brujo y la del profeta, por una parte, y la del jefe guerrero elegido, la del jefe de banda y el condottiero, por la otra. Pero aquí nos importa la figura propia de Occidente: la del caudillo político, que aparece, primeramente, como demagogo libre en la ciudad-Estado, y ésta también es una creación propia de Occidente, y, especialmente, de la cultura mediterránea; en la evolución posterior tenemos la figura del "jefe de partido" parlamentario en el marco del Estado constitucio-nal, que también es un producto autóctono específicamente occidental.

Claro que estos políticos por "vocación" no son las únicas figuras decisivas en la lucha política por el poder. Más decisivo es aquí el tipo de medios auxiliares que estos políticos tienen a su disposición.

¿Cómo afirman su dominio los poderes políticos dominantes? Este problema concierne a todo tipo de dominio y, así, al dominio político en sus formas tradicional, legal y carismática.

Toda organización de dominio que exija una administración continuada requiere, por una parte, que la actividad humana se determine a obedecer a los presuntos poseedores del poder legítimo, y, por otra, la capacidad de disponer, debido a esa obediencia, de los bienes que oportunamente se nece- siten para el uso de la fuerza física: el equipo del personal administrativo y los medios materiales de administración.

Claro que el cuadro administrativo que representa externamente a la empresa de dominio políti- co, como a toda empresa, no se vincula con el poseedor del poder en base a las mencionadas ideas de legitimidad, sino en base a dos elementos inmediatamente ligados al interés personal: la recompensa material y el honor social. Por una parte, el feudo del vasallo, las retribuciones de los administradores patrimoniales y el salario de los modernos servidores del Estado, y, por otra parte, el honor del caballero, los privilegios de los estamentos y la honra del funcionario, son la recompensa del cuadro administrativo y la base final y determinante de su adhesión al titular del poder. Esto también vale para el caudillaje legitimado en el carisma: la cohorte del jefe guerrero recibe los honores y el botín, la del demagogo los spoils, la explotación del gobernado a través del monopolio de los cargos, los beneficios proporcionados por la militancia política y los placeres de la vanidad satisfecha.

El sostenimiento de todo dominio mediante la fuerza exige determinados bienes materiales exter- nos, tal como ocurre con una empresa económica. Las organizaciones estatales, según su principio de- terminante, pueden ser clasificadas en dos grandes categorías: en unas, el conjunto humano (funcionarios o lo que fueren) con cuya adhesión debe contar el titular del poder tiene en propiedad los medios de la administración, sean éstos dinero, edificios, material de guerra, vehículos, caballos, y muchas otras cosas; en otras organizaciones estatales el personal administrativo está "separado" de los medios de administración, en el mismo sentido en que actual- mente decimos que en la empresa capitalista los obreros y los empleados están "separados" de los medios materiales de producción. En estas últimas organizaciones el titular del poder gobierna y dirige personalmente la empresa en que consiste el Estado, y encarga su administración a servidores perso- nales, funcionarios asalariados, favoritos o confidentes, que no son propietarios, que no tienen por derecho propio los recursos materiales de la empresa; precisamente lo contrario sucede en las organizaciones políticas citadas en primer término.

Esta diversidad se encuentra en todas las organiza- ciones políticas del pasado. Denominaremos agrupación estructurada por "estamentos" a toda agrupación política donde los medios de administración son, total o parcialmente,

propiedad del cuadro administrativo dependiente. En la sociedad feudal, por ejemplo, el vasallo paga de su bolsillo los costos de administración y de justicia en su feudo, y se equipa y se provee para la guerra; sus vasallos dependientes, a su vez, hacen otro tanto. El poder del señor recibía las consecuencias derivadas de esa situación. Tal poder sólo se fundaba en el vínculo de lealtad persona, en el hecho de que la propiedad del feudo y la honra del vasallo derivaban su "legitimidad" del señor.
Si nos remontamos a las primeras formaciones políticas, encontramos, en todas partes, que el señor organiza los medios materiales de la administración. Lo hace mediante hombres que dependen perso- nalmente de él: esclavos, criados, sirvientes, "favo- ritos" personales o prebendarios, retribuidos en especie o en dinero proveniente de sus arcas. Tam- bién intenta pagar los gastos de su bolsillo con los ingresos de su patrimonio, y crear un ejército bajo su dependencia personal en tanto se aprovisione y se equipe en sus graneros, almacenes y armerías. En la asociación por "estamentos" el señor gobierna con la ayuda de una "aristocracia" independiente con la que está obligado a compartir el poder; el señor, que es un administrador personal, en cambio, cuenta con la ayuda de domésticos o de plebeyos, capas sociales desposeídas carentes de un honor social propio, totalmente ligadas al señor en lo ma- terial y privadas de la capacidad para formar un po- der competitivo. Todas las formas de dominio patriarcal y patrimonial, el despotismo sultanista y los Estados burocráticos pertenecen a este último tipo. Sobre todo el Estado burocrático, cuya configuración más racional aparece, precisamente, en el Estado moderno.

En todas partes el desarrollo del Estado moderno se inicia cuando el monarca comienza la expropiación de los depositarios independientes y "privados" del poder administrativo que lo rodean: los propietarios por derecho propio de los medios de administración, del ejército, de los recursos fi-nancieros y de bienes de todo tipo políticamente utilizables. Este proceso, en su conjunto, tiene una semejanza total con el desarrollo de la empresa capitalista mediante la expropiación progresiva de los productores independientes. Como culminación del proceso, tenemos que el Estado controla todos los medios de la organización política, reunidos de he- cho en un solo gobernante; ningún funcionario en particular posee el dinero que gasta o los edificios, almacenes, instrumentos o material bélico utiliza- dos. De este modo en el Estado moderno – lo que es esencial a su concepto – se perfecciona la "separación" entre el personal administrativo (empleados y obreros administrativos) y los medios materiales de la organización administrativa. Aquí se inicia la evolución más reciente, es decir, la que ante nuestros ojos intenta la expropiación de este expropia- dor de los medios políticos y así, de este modo, del poder político.

Es esto lo que ha hecho la revolución (la revolución espartaquista en Alemania), al menos en la medida en que sus dirigentes han tomado el lugar de las autoridades estatuidas, apoderándose así, por usurpación o por elección, del control sobre el cuadro político administrativo y sobre los recursos materiales de la administración y, con derecho o sin él, deducen su legitimidad de la voluntad de los gobernados. Un problema diverso es establecer si esta revolución, sobre la base de su éxito al menos aparente, permite esperar que sus dirigentes realicen asimismo la expropiación dentro de las empresas capitalistas, cuya dirección, pese a profundas analo- gías, sigue leyes del todo distintas de las que rigen en la administración política. Pero ahora no nos ocuparemos de esta cuestión.

En este ensayo nos atendremos a su aspecto pu- ramente conceptual: el Estado moderno es una agrupación que con éxito e institucionalmente organiza la dominación, y ha conseguido monopolizar, en un territorio determinado, la violencia física legítima como medio de dominio. El Estado, para este fin, ha concentrado todos los medios materiales de dominación en manos de sus dirigentes y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes poseían esos medios por derecho propio. El Estado ha tomado su lugar y ha sustituido esas jerarquías con las suyas propias.

En el desarrollo de este proceso de expropiación política que con éxito diverso se ha realizado en todos los países del mundo, han aparecido, en un comienzo al servicio de un monarca, "políticos profesionales" en un segundo sentido: políticos que, al contrario del jefe carismático, no pretendían ser dirigentes autónomos, sino que ingresaban en la política en carácter de servidores de los jefes políticos. En la lucha por la expropiación entre el monarca y los estamentos, se pusieron al lado del monarca, y, en su carácter de administradores de la política del monarca, hicieron de la actividad política un medio de vida, por una parte, y un ideal dé vida, por la otra. Otra vez, sólo en Occidente encontramos esta categoría de políticos profesionales, que aunque no sólo sirvieron al monarca fueron el instrumento más idóneo con que éste contó para consolidar su poder y realizar el aludido proceso de expropiación política.

Antes de detallar el significado de estos "políticos profesionales" clasifiquemos, en todos sus aspectos, lo que representa su existencia. Lo mismo que en la actividad económica, la política puede ser una evasión, una distracción, o bien una profesión para una persona. Es posible hacer política -o sea, intentar influir en el reparto de poder entre las estructuras políticas y

dentro de ellas- como político “ocasional”. Todos somos políticos “ocasionales” en el momento de depositar nuestro voto o cuando aprobamos o discutimos en una reunión “política" o cuando pronunciamos, un discurso “político” o realizamos eventualmente cualquier otra manifestación similar. A esto se limita la relación de muchas per- sonas con la política. Esta práctica ocasional de la política la realizan los agentes partidarios y los jefes de agrupaciones políticas que, por lo general, sólo actúan políticamente en caso de necesidad, sin “vivir”, en primer lugar, de la, política, ni en un sentido material ni en un sentido ideal. Esto mismo se refiere a los miembros de los consejos estatales y de otros conjuntos consultivos que sólo funcionan a requerimiento. También se aplica a numerosos gru- pos de legisladores que sólo hacen actividad política en las reuniones parlamentarias. En el pasado estos grupos se encontraban sobre todo entre los estamentos. Denominamos “estamentos” al conjunto de propietarios por derecho propio de los medios bélicos materiales o bien a los propietarios de los medios administrativos o bien a los propietarios de derechos señoriales y personales. Una parte bastante grande de estos “políticos” estaba lejos de dedicar totalmente su vida a la política, ni en su mayor parte ni tampoco en otra forma que la puramente ocasional. Más bien explotaban sus privilegios para perci- bir rentas u obtener beneficios; sólo desarrollaban una actividad política al servicio de sus agrupaciones cuando se lo requería expresamente el jefe del cual dependían o sus iguales. Lo mismo sucedía con una parte de las fuerzas auxiliares que el monarca nece- sitaba en su lucha por la creación de una empresa política de uso personal. Tal era el caso de los “consejeros” e, inclusive, de una parte de los consejeros reunidos en la “Curia” y otros organismos consulti- vos de los monarcas. Claro que al monarca no le bastaba con estas fuerzas auxiliares puramente ocasionales o, a lo sumo, semiprofesionales. Debía in- tentar la creación de un conjunto de auxiliares íntegra y exclusivamente dedicados a su servicio, o sea, un conjunto de colaboradores profesionales. La estructura de la naciente formación política dinástica, y, además de ésta, la total articulación cultural estaría fundamentalmente determinada por el origen social de los colaboradores del monarca. También las agrupaciones políticas cuyos integrantes se cons- tituyeron políticamente, una vez abolido por completo o limitado ampliamente el poder del monarca, en las denominadas comunidades “libres”, necesitaban un plantel de políticos profesionales.

Estas comunidades eran “libres” no en la medida en que eran libres del dominio mediante la violencia sino en la medida en que en ellas era nulo el poder del monarca como única fuente de autoridad, legitima- da por la tradición y casi siempre consagrada por la religión. Históricamente estas comunidades sólo surgen en Occidente; su germen es la ciudad como organización política, forma en que primeramente nació en el área cultural

mediterránea. En todos estos casos ¿cómo se presentan los políticos que hicieron de la política su profesión?
Existen dos maneras de hacer de la política una profesión: o bien se vive "para" la política o bien se vive "de" la política. Esta oposición no es en modo alguno excluyente. A1 contrario, lo general es que se hagan ambas cosas, al menos teóricamente, y, en la mayor parte de los casos, también prácticamente. El que vive "para" la política hace de la política su vida en un sentido íntimo; o bien goza con el mero po- der que ejerce, o bien sustenta su equilibrio internó y su tranquilidad con la convicción de que su vida tiene sentido al estar puesta al servicio de una "cau- sa". En este sentido profundo, todo hombre ho- nesto que, vive para una causa vive también de esa causa. La diferencia entre el vivir "para" y el vivir "de" se refiere, pues, a un grado más decisivo del problema, a saber, el económico. El que intenta ha- cer de la política una fuente de ingresos permanente vive "de" la política como profesión y el que no lo hace, vive "para" la política. Para que una persona pueda vivir "para" la política, en dicho sentido económico, y dentro de un régimen fundado en la 'propiedad privada, deben darse determinadas con- diciones, muy triviales, si así parece: en condiciones normales quien viva para la política debe ser eco- nómicamente independiente de los ingresos que pueda proporcionarle la política. Esto significa, simplemente, que el político debe ser rico, o debe tener una posición personal que le proporcione ingresos suficientes. Así ocurre al menos en circuns- tancias normales. Ni los secuaces del jefe militar ni los de los héroes revolucionarios se preocupan especialmente por las condiciones de una economía normal. Ambos viven del botín, del saqueo, de las confiscaciones, de las contribuciones o de la impo- sición de medios de pago sin valor y forzosos, re- cursos que en el fondo son idénticos. Pero aquí se trata de fenómenos insólitos. En la economía corriente sólo la riqueza propia permite la autonomía de la persona. Pero esto todavía es insuficiente. El que vive para la política también debe ser económicamente "libre", es decir, sus ingresos no deben de- pender del hecho de que él dedique en parte o totalmente su capacidad ala obtención de recursos económicos. En este sentido totalmente libre es sólo el rentista, es decir, el que recibe ingresos sin ganarlos mediante el trabajo, sea que perciba una renta de la tierra, como en el caso de los señores territoriales del pasado o el de los terratenientes y patricios de la actualidad – también en la Antigüedad y en la Edad Media del trabajo de los esclavos y de los siervos provenían rentas – sea que la renta provenga de acciones o de otros valores bursátiles o financieros.
Ni el obrero ni el empresario – y esto hay, que destacarlo – sobre todo el gran empresario moderno, son económicamente libres en el sentido mencionado. Pues precisamente el empresario está ligado a su empresa y no es libre, y todavía menos el empresario industrial que el empresario agrícola, en vista de

la índole estacional de la agricultura. Al empresario le resulta difícil, en general, hacerse representar por otra persona, tú siquiera transitoriamente. Es tan poco libre como el médico y cuanto más relevante -y ocupado esté menos libre es. El abogado, en cambio, por motivos puramente técnicos, es más fácilmente libre y, por esto, ha de- sempeñado, como político profesional, un papel mucho más significativo que el médico y con frecuencia dominante. Dejaremos aquí esta clasifica- ción y clarificaremos algunas de sus derivaciones.

La conducción de un Estado o de un partido político por personas que viven -en el sentido económico de la palabra- para la política y no de la política, supone forzosamente un reclutamiento "plutocrático" de las capas políticas dirigentes. Claro que esto no significa que la conducción plutocrática habrá de prescindir de vivir "de" la política, y, por tanto, que la capa, dominante no habrá de aprove- char su posición política para derivar beneficios en provecho propio. Está claro que no se trata de esto.

Nunca ha existido un grupo que de alguna manera no haya vivido de la política. Aquí sólo intentamos precisar que el político profesional no necesita per- cibir una remuneración por su actividad política, mientras que el político sin recursos propios está obligado a requerirla. Por otra parte, tampoco pre- tendemos significar que los políticos sin patrimonio propio sólo se propongan, o ni siquiera predomi- nantemente, obtener beneficios económicos perso- nales mediante la política, sino ocuparse de "la causa". Esto sería inadecuado. Por experiencia se sabe que para el hombre de fortuna la preocupación por la "seguridad" eco-nómica de su existencia es, consciente o inconscientemente, un punto cardinal de la total orientación de su vida. Un idealismo po- lítico del todo desinteresado y sin apetencias mate- riales se observa sobre todo, si bien no exclusivamente, en épocas extraordinarias, es decir, revolucionarias, en las clases sociales que, debido a su carencia de bienes materiales, no tienen interés alguno en la conservación del status económico de una sociedad determinada. El reclutamiento no plutocrático de los cuadros políticos, tanto jefes como acólitos, se vincula a la condición evidente de que el cuadro reclutado percibirá ingresos regulares y seguros. La conducción de la política puede ser "honoraria" y en este caso será llevada a cabo por personas "independientes", o sea ricas, sobre todo rentistas; si, en cambio, la conducción de la política se adjudica a personas sin bienes propios éstas han de ser recompensadas.

El político profesional que vive "de" la política puede ser un simple "prebendado" o bien un "fun- cionario" asalariado. El político profesional o bien recibe ingresos procedentes de concesiones y rega- lías por servicios determinados -propinas, coimas y sobornos apenas son una variante irregular y for- malmente ilegal de esta clase de remuneraciones-, o bien recibe ingresos fijos en especie, un salario en dinero, o ambas cosas a la vez. El político profesio- nal puede tomar el carácter del "empresario", como en el caso del

condottiero o del arrendatario o del an- tiguo comprador de un cargo, o como en el caso actual del cacique “político" norteamericano, que encara sus gastos y costos como una inversión de capital de la que extraerá beneficios a través de sus influencias. O incluso puede percibir un sueldo fijo como periodista, o como secretario de un partido político, como ministro o como un funcionario po- lítico moderno. En el pasado fueron características
las concesiones territoriales, las prebendas de todo tipo, y luego, en el desarrollo de la economía mo- netaria, las regalías y gratificaciones en metálico, con que los monarcas conquistadores triunfantes o jefes de partidos victoriosos recompensaron a sus segui- dores. En la actualidad los jefes de los partidos po- líticos retribuyen la lealtad en los servicios con toda clase de cargos: en los partidos, en periódicos, en cooperativas, en cajas de Seguro, en municipalida- des y en el gobierna del Estado. Además de un fin objetivo, las luchas partidarias persiguen principal- mente el control del reparto de los cargos. En Ale- mania todos los conflictos entre las tendencias centralistas y regionalistas se entablan alrededor de la cuestión de qué poder ha de repartir los cargos, sea que este poder se encuentre en Berlín, Munich, Karlruhe o Dresde. Los partidos políticos resultan más afectados por una limitación en el reparto de los cargos que por una acción contra sus fines obje- tivos. En Francia una renovación de prefectos a causa de una política partidaria siempre se ha consi- derado como un trastorno mucho mayor y más re- sonante que un cambio en la programática del gobierno, la cual sólo tiene un significado casi ver- borrágico. Algunos partidos, como los norteamericanos luego de la desaparición de las viejas discu- siones sobre la hermenéutica de la Constitución, se han convertido en meros partidos perseguidores de cargos, que cambian su programa objetivo según las perspectivas electorales. En España, hasta hace poco tiempo, los dos grandes partidos se alternaban en el poder por medio de “elecciones" fabricadas desde arriba y según un modo fijado convencionalmente a fin de repartir los cargos entre los seguidores. En las viejas posesiones coloniales españolas, en las llamadas “revoluciones”, así como en las supuestas “elecciones", lo que siempre estaba en discusión era el acceso a la proveeduría económica del Estado, en la que deseaban alimentarse los triunfadores. En Suiza los partidos se distribuyen pacíficamente los cargos según los respectivos votos, y varios de nuestros proyectos constitucionales supuestamente “revolu- cionarios", por ejemplo el primer proyecto prepara- do para Baden, pretendieron extender el sistema Suizo a los cargos ministeriales. De este modo el Estado y los cargos estatales eran vistos como meros organismos principalmente aptos para el reparto de recompensas por servicios políticos. El Partido del Centro, en particular, se mostró muy entusias- mado con el método. En Baden estableció, como

parte de su programa partidario, un reparto de car- gos según las diversas confesiones y, por tanto, sin consideración de la idoneidad. Esta tendencia se acrecienta en todos los partidos en la medida en que aumenta tanto la cantidad de cargos en virtud de la burocratización general como la demanda de cargos como medio de vida especialmente seguro. Sus se- guidores ven cada vez más en los partidos un medio para el fin de poseer un cargo.
Pero a dicha tendencia se opone el desarrollo de los funcionarios modernos hacia una fuerza profe- sional de intelectuales altamente especializados, a través de un largo período de preparación, de un honor de status muy refinado y de una aguda conciencia de la integridad. Sin este funcionariado desa- rrollado caería sobre la administración una tremenda disgregación y la amenaza de una extendi- da ineficacia. Sin dicha integridad incluso se vería en peligro el funcionamiento técnico del Estado, cuya importancia para la economía se ha ido incremen- tando, sobre todo con la progresiva socialización.
En los Estados Unidos, la administración de afi- cionados basada en el sistema de saqueo permitía cambiar, según los resultados de las elecciones pre- sidenciales, a cientos de miles de funcionarios, incluidos los carteros; el funcionario vitalicio era del todo desconocido. Esta administración de aficionados se ha visto afectada, desde hace tiempo, por la Reforma del Servicio Civil, evolución cumplida mediante exigencias administrativas puramente técnicas e ineludibles.
En Europa, a través de un desarrollo de quinientos años, ha aparecido una clase de funcionarios especializados sobre la base de la división del trabajo. El proceso comenzó en las ciudades y señoríos italianos, entre las monarquías y los Estados conquistados por los normandos. El paso decisivo fue realizado por la administración de las finanzas del monarca. En las reformas administrativas realizadas por el emperador Maximiliano es posible advertir las dificultades de los funcionarios, incluso en épocas de presión exterior y del dominio turco, cuando intentaban privar al monarca de sus poderes en el campo de las finanzas. Este campo es el que menos puede tolerar el diletantismo de un gobernante que, por otra parte, en esa época todavía era sobre todo un caballero. El desarrollo de la técnica bélica creó la necesidad del oficial experto profesional y la complicación del procedimiento jurídico exigió el jurista profesional.

En estos tres campos – finanzas, guerra y derecho – grupos de funcionarios especializados se establecieron durante el siglo XVI de manera definitiva en los Estados más desarrollados. De este modo, a la vez que comenzaba la pri-macía absolutista del monarca se iniciaba la abdicación que el monarca hacía de su autocracia en favor de los funcionarios especializados; eran estos funcionarios

los que permitían que el monarca se impusiera sobre los derechos estamentales de los señores feudales.
La evolución de los "políticos destacados" se produjo a la par del surgimiento de los funcionarios profesionales, aunque de un modo menos percepti- ble. Claro que los monarcas siempre y en todas partes han contado con consejeros realmente califi- cados. En Oriente, la figura típica del "gran Visir" surgió para descargar al sultán de la responsabilidad personal por los éxitos gubernamentales. En Occidente, especialmente bajo la influencia de los embajadores venecianos, la diplomacia tomó la forma de un arte conscientemente cultivado, en la época de Carlos V, que es a su vez la época de Maquiavelo; en los ambientes diplomáticos se leían con pasión los informes de los embajadores venecianos. Los adeptos, en su mayoría con una educación humanista, se consideraban a sí mismos como profesionales iniciados, igual que ocurría entre los estadistas humanistas chinos en las postrimerías del fraccio- namiento del Imperio en Estados guerreros. Pero sólo con el desarrollo de las instituciones surgió, de manera apremiante, la necesidad de una conducción formalmente unificada de la política total, incluyen- do la interna. Naturalmente, siempre habían existido hasta ese momento personalidades aisladas que se desempeñaban como consejeros de los monarcas o que de hecho guiaban la política del monarca. Pero incluso en los Estados más adelantados la articula- ción de los poderes gobernantes tomó inicialmente otros rumbos. Habían surgido autoridades supremas de tipo colegiado. En teoría, y en la práctica en un grado decreciente, estas administraciones colegiadas se reunían bajo la presidencia personal del monarca, quien tomaba la decisión. Mediante este sistema colegiado, que producía forzosamente dic- támenes, contradictámenes y votos fundamentados de la mayoría y de la minoría y, luego, mediante la agrupación de hombres de confianza – el "Gabinete" – que actuaba paralelamente a las autoridades ofi- ciales y servía de intermediario a las resoluciones del Consejo de Estado, el monarca, que se veía paulatinamente llevado a la situación de un aficionado, trató de liberarse de la progresiva influencia de los funcionarios profesionales conservando en su mano la conducción suprema. Esta lucha sorda entre la autocracia y los funcionarios profesionales se produjo en todas partes. La situación sólo se modificó con la aparición del Parlamento y con las aspiracio- nes al poder de los jefes de partido. Condiciones muy diversas produjeron resultados exteriormente idénticos, aunque, por supuesto, con determinadas diferencias. Cuando la dinastía mantuvo en sus manos un poder real, como sucedió en Alemania, los intereses del monarca se aliaron con los del funcio- nariado contra el Parlamento y sus apetencias de poder. Los funcionarios estaban interesados en que hombres de su propia casta tomaran las posiciones dirigentes, incluso los ministerios; así estos cargos se convirtieron en metas de

la carrera oficial. A su vez, el monarca estaba interesado en designar ministros extraídos de las filas de los hombres de confianza que lo servían. Simultáneamente unos y otros estaban interesados en ofrecerle al Parlamento una conducción política cerrada y unificada y, por tanto, en intentar la sustitución del sistema colegiado por un único jefe de gabinete. Además el monarca, para ponerse formalmente a un lado de las luchas partidarias y de los ataques de los partidos, necesitaba una personalidad que asumiera responsabilidades, y lo cubriera, es decir, una personalidad que hablara en el Parlamento y negociara con los partidos. Todos estos intereses actuaron conjuntamente y en la misma dirección: surgió un ministro encargado de conducir unificadamente a los funcionarios.

La evolución del poder parlamentario se desarrolló con fuerza hacia la unificación del Estado allí donde el Parlamento, como ocurrió en Inglaterra, logró imponerse al monarca. En Inglaterra, el gabinete, con el jefe del Parlamento como "líder", se convirtió en una comisión del partido mayoritario. Las leyes oficiales ignoraban este poder partidario, que era, por otra parte, el único poder políticamente decisivo. Los grupos colegiados oficiales no constituían, como tales, órganos del poder verdaderamente gobernante, el partido, y no podían, en consecuencia, ser depositarios del verdadero go- bierno. Para mantener el poder en lo interno y realizar una política elevada en lo externo, el partido dominante requería una organización siempre dispuesta y constituida solamente por sus hombres verdaderamente dirigentes. El gabinete era precisamente esa organización. A la vez, respecto a la opi- nión pública y sobre todo respecto al público parlamentario, el partido necesitaba un conductor responsable de todas las decisiones: el jefe de gabinete. En Europa se adoptó este sistema inglés de los ministros parlamentarios. Sólo en Norteamérica y en las democracias influidas por Norteamérica se opuso al sistema inglés un sistema distinto en el que el jefe del partido victorioso, elegido directamente en votación popular, se pone frente al equipo de funcionarios nombrados por él y queda liberado de las consultas parlamentarias excepto en lo relativo a la legislación y al presupuesto.

La transformación de la política en una empresa que requería preparación especial por parte de los individuos para la lucha por el poder y estudio de los métodos para esa lucha por parte de los partidos políticos modernos, determinó la división de los funcionarios públicos en dos categorías diferentes, aunque no rígidamente separadas: por una parte funcionarios "profesionales" y por la otra funciona- rios "políticos". Los funcionarios "políticos", en el verdadero sentido de la palabra, pueden caracterizarse exteriormente, por el hecho de que pueden ser trasladados o destituidos a voluntad y en cualquier momento; tal es el caso de los prefectos franceses y de funcionarios similares de otros países, en con- traste con la "independencia" y "estabilidad" de los

empleados judiciales. En Inglaterra son funcionarios políticos todos los que, de acuerdo con la conven- ción establecida, abandonan sus cargos cuando cambia la mayoría parlamentaria y, por tanto, cam- bia el gabinete. Entre los funcionarios políticos se incluyen aquellos que se encargan de la "administra- ción interna" general; el ingrediente político consiste sobre todo en la tarea de mantener "la ley y el orden", o sea, las relaciones de dominio existentes. En Prusia, luego del decreto de Puttkamer, estos fun- cionarios estaban en la obligación disciplinaria de "representar la política del Gobierno" y, lo mismo que los prefectos franceses, eran utilizados como aparato oficial para influir en las elecciones. A1 contrario de lo que ocurre en otros países, en el sistema alemán la mayoría de los funcionarios "po- líticos" estaban bajo las mismas prescripciones que los otros funcionarios, con el añadido de que para el logro de los cargos se requería un título universita- rio, pruebas de idoneidad y un tiempo de servicio preparatorio. En Alemania sólo los jefes del aparato político, los ministros, están privados de esa carac-
terística del servicio civil profesional. Bajo el anti- guo régimen se podía ser ministro de Educación en Prusia sin haber asistido a un centro de enseñanza superior, mientras que, en principio, para ser con- sejero era indispensable la aprobación de un examen formal. Cuando Althoff asumió el ministerio de Educación en Prusia no había duda de que los espe- cialistas profesionales, como el jefe de división y el consejero, estaban mucho mejor informados sobre los verdaderos problemas técnicos del ramo que el jefe respectivo. Lo mismo ocurrió en Inglaterra. En consecuencia, quienes tenían el poder real ante las contingencias cotidianas eran estos funcionarios, lo que no es un absurdo. El ministro era simplemente el representante de la constelación del poder políti- co. Debía defender la política de estos poderes, evaluar en función de ésta las sugestiones técnicas de sus subordinados e impartir a éstos las directivas políticas emanadas del poder.

Es lo mismo que sucede con una empresa eco- nómica privada: el verdadero "soberano", la asam- blea de accionistas, carece de influencia sobre la administración de la empresa, tanto como un "pue- blo" gobernado por funcionarios profesionales. Y las personas que rigen la política de la empresa, el
"directorio" controlado por los Bancos, sólo emite directivas económicas y selecciona los administra- dores, sin tener la capacidad de asumir de modo autónomo la dirección técnica. La presente estruc- tura del Estado revolucionario no ha producido in- novaciones en este sentido. El poder ha sido puesto en manos de meros aficionados, los cuales, merced a la posesión de las ametralladoras, intentan utilizar a los funcionarios profesionales sólo como auxilia- res y subordinados. No trataremos aquí de los di- versos problemas de este nuevo tipo de Estado. Más bien nos ocuparemos de las

figuras típicas del político profesional, tanto las de los “caudillos" co- mo las de sus secuaces. Estas figuras se han modifi- cado con el tiempo y en la actualidad se nos presentan bajo otras formas. Como hemos visto, en el pasado surgieron políticos profesionales al servi- cio de la lucha del monarca contra los estamentos. Veamos brevemente los principales tipos de estos políticos profesionales.

El monarca, en su enfrentamiento con los esta- mentos feudales, se apoyó en capas sociales situadas fuera de los estamentos. Entre esas capas figuraba, en primer lugar, el clero en las Indias occidentales y orientales, en la China y en el Japón budistas, en la

Mongolia de los lamas y en los reinos cristianos de la Edad Media. La importancia que los brahamanes, los clérigos budistas, los lamas y los obispos y los sacerdotes cristianos podían alcanzar, como conse- jeros políticos, estribaba en que con ellos podía or- ganizarse un cuerpo administrativo que supiera leer y escribir, y pudiera ser usado en la lucha que contra la aristocracia mantenía el emperador, el príncipe o el khan. A diferencia del feudatario, el clérigo, y es- pecialmente el clérigo soltero; estaba fuera del en- granaje de los intereses políticos y económicos usuales y no se interesaba por la creación de un po- der político para sí o para sus descendientes. Mer- ced a su propio status, el clérigo estaba “separado" de los entretelones palaciegos de la administración del monarca.

Un segundo estrato del mismo tipo estaba for- mado por los literatos con educación humanista. En determinada época, el aprendizaje de la composi- ción retórica latina y de la poesía griega era el cami- no para llegar a ser consejero político de un monarca y, sobre todo, historiador político del mo- narca. Fue el tiempo del florecimiento de las escue- las humanistas y de la creación de cátedras de “Poética" patrocinadas por los monarcas. En Ale- mania esta época fue fugaz y aunque influyó pro- fundamente en el sistema educativo, no tuvo conse- cuencias políticas permanentes. Otro fue el caso en Asia. El mandarín chino es, o más bien fue origina- riamente, aproximadamente lo que fue el humanista en el Renacimiento: un literato con una formación humanista como erudito en los monumentos litera- rios del pasado remoto. A1 leer las crónicas de Li Hung Chang se ve que su principal orgullo radicaba en la composición de poemas y en la buena caligra- fía. Esta capa social, con todos sus convencionalis- mos modelados sobre la base de la China antigua, ha determinado todo el destino de China; quizás el destino de Alemania hubiera sido igual si los huma- nistas hubiesen tenido en su momento ocasión de ejercer una influencia semejante.

El tercer estrato fue la nobleza cortesana. Una vez que lograron despojar a la nobleza de su poder político como clase, los monarcas atrajeron a los nobles a la corte y los utilizaron en el servicio políti- co y diplomático. La modificación

del sistema edu- cativo alemán, en el siglo XVII, estuvo determinada por el hecho de que los nobles reemplazaron a los literatos humanistas en calidad de políticos profe- sionales al servicio del monarca.

La cuarta categoría consiste en una institución típicamente inglesa: un patriciado integrado tanto por la pequeña nobleza como por los rentistas urbanos; técnicamente se la denomina gentry. La gentry inglesa fue utilizada en su origen por el monarca en la lucha de éste contra los barones. El monarca ad- judicó a la gentry los cargos del gobierno autónomo y paulatinamente fue pasando bajo su dependencia. La gentry conservó todos los cargos de la administra- ción social, ocupándolos sin remuneración y sin otro interés que el de acrecentar el propio poder social. De este modo la gentry preservó a Inglaterra de la burocratización que ha sido el destino de los demás Estados europeos.

Un quinto estrato, el jurista con educación uni- versitaria, fue peculiar del continente europeo y tu- vo una gran importancia política. El hecho de que los juristas universitarios llevaran a cabo la forma- ción de la empresa política como Estado racionali- zado denota la gran influencia del Derecho romano tal como quedó establecido en el burocratizado Im- perio romano de la última época. Esto también ocu- rrió en Inglaterra, aunque aquí los grandes gremios de juristas obstaculizaron la recepción del Derecho romano. En ningún otro Estado del mundo se en-

cuentra un fenómeno similar. Ni los elementos jurí- dico-racionales de la escuela Mimamsa en la India ni la introducción del antiguo pensamiento jurídico en el Islam lograron impedirla sofocación del pensa- miento jurídico-racional por el pensamiento teoló- gico. Sobre todo, el procedimiento procesal no pudo ser racionalizado por completo. Esta raciona- lización sólo se consumó en virtud de la recepción de la antigua jurisprudencia romana por parte de los juristas italianos; esta jurisprudencia es el resultado de una estructura política del todo peculiar que de su surgimiento como ciudad-estado se convierte en imperio mundial. Además de esta recepción tam- bién han contribuido el usus modernus de los cano- nistas y juristas medievales y las teorías jusnaturalistas, cristianas en su origen y seculariza- das después. Los mayores representantes de este racionalismo jurídico fueron el podestá italiano, los juristas del rey de Francia (que crearon los medios formales usados por el poder real para socavar el poder señorial), los canonistas y teólogos de los concilios, los juristas de la corte y los jueces acadé- micos de los monarcas continentales, los monarcó- manos y los profesores jusnaturalistas holandeses, los juristas de la Corona y del Parlamento en Ingla-

terra, la noblesse de robe del Parlamento francés y, por último, los abogados de la época de la Revolu- ción francesa.

Sin este racionalismo jurídico no se concibe el surgimiento del Estado absoluto en la Revolución. Tanto las representaciones de los parlamentos fran- ceses como los libros de los Estados Generales de Francia desde el siglo XVI hasta 1789 están im- pregnados del espíritu de los juristas. Y si se exami- na la composición profesional de los integrantes de la Convención francesa, elegidos todos según una misma normativa, se observa la presencia de un solo obrero, muy pocos empresarios burgueses y una gran cantidad de juristas, sin los que no se explicaría la mentalidad peculiar que inspiró a estos intelec- tuales radicalizados y a sus proyectos. A partir de 1789 la democracia y el abogado modernos están en una estrecha relación y los abogados, en este sentido de estamento autónomo, sólo se encuentran en Oc- cidente; su evolución se extiende desde la Edad Media, bajo la figura del Intercesor del procedimiento formalista germánico, y se desarrolla según la racio- nalización de los procesos jurídicos.

No es contingente la significación de los aboga- dos en la política de Occidente, desde la aparición
de los partidos. La empresa política de los partidos es una empresa de grupos de interés. En seguida aclararemos esto. La función del abogado profesio- nal es la oratoria eficaz a favor de los clientes intere- sados. En ésta cuestión, como lo probó la propaganda aliada de 1914 a 1918, el abogado supe- ra a cualquier "funcionario". Puede ganar una causa lógicamente débil convirtiéndola en "buena". Con frecuencia un funcionario público político convierte en una causa "mala", mediante una "mala" técnica, una causa técnicamente "buena". En la actualidad la política es una actividad pública y requiere como medio el lenguaje escrito y oral. Pesar las palabras es la función principal del abogado, pero no del fun- cionario, que no es un demagogo ni se propone serlo, y que por otra parte resulta un pésimo dema- gogo cuando intenta serlo.

El verdadero funcionario, según su auténtica vocación, no debe hacer política sino administrar im- parcialmente. Esto también se aplica, al menos ofi- cialmente, al funcionario político, en la medida en que no entre en cuestión la "razón de Estado", esto es, los intereses vitales del orden dominante. El funcionario debe administrar sine ira et studio, sin ira y sin preferencias. En consecuencia, no debe hacer
lo que en todo caso hacen los jefes políticos y sus secuaces. Tomar partido, apasionarse (ira et studium) son el elemento del político, y sobre todo del jefe político. Su comportamiento obedece a un principio de responsabilidad opuesto al del funcionario. Este pone su honor en el cumplimiento preciso y minu- cioso de las órdenes de los superiores, como si coincidieran con sus propias convicciones, aunque las órdenes le parezcan falsas y aunque proteste contra ellas. Aquí hay un sacrificio y una disciplina moral sin las que se vendría abajo todo el aparato administrativo. El honor del dirigente político, del

estadista, en cambio, radica en una responsabilidad exclusiva y personal por lo que hace, innegable e in- transferible: Los funcionarios de un elevado nivel ético son precisamente malos políticos, políticos irresponsables en el sentido político de la palabra. En este sentido moralmente malos, como los que se han visto con frecuencia, desgraciadamente, en Alemania. Esto es lo que hemos llamado "gobierno de funcionarios" y claro que no es manchar el ho- nor de nuestros funcionarios el afirmar que este sistema es políticamente fallido, a juzgar por los lo- gros alcanzados. Pero volvamos nuevamente a las diversas figuras de políticos.

El "demagogo" ha sido el típico dirigente políti- co de Occidente desde el surgimiento del Estado constitucional y, cabalmente, desde la instauración de la democracia. La acepción peyorativa de la pala- bra no debe hacernos olvidar que fue Pericles y no Cleón el primero en llevar el nombre de demagogo. Pericles, sin cargo determinado u ocupando el único cargo electivo, ya que en la democracia antigua los demás se asignaban por sorteo, condujo, como má- ximo estratega, la ecclesia soberana del pueblo ate- nienses También utiliza el discurso la demagogia moderna, y lo utiliza en proporción abrumadora, si se observa la cantidad de discursos electorales que debe pronunciar cualquier candidato moderno. Pero la palabra impresa es el instrumento más perdura- ble. En la actualidad el publicista político y sobre todo el periodista son los típicos representantes del demagogo moderno.

No ensayaremos aquí la sociología del periodis- mo moderno, que constituye de por sí un capítulo aparte. Nos limitaremos a unas pocas observacio- nes. El periodista, como el abogado y el artista, y como todos los demagogos, escapa a una clasifica- ción social fija, por lo menos en el continente euro- peo, en contraste con Inglaterra y con lo que ocurría
en Prusia. El periodista pertenece a una casta de parias, valorada siempre por la sociedad de acuerdo con la conducta de sus representantes éticamente inferiores. De este modo corren las ideas más extra- vagantes sobre los periodistas y su trabajo. La ma- yoría de la gente no advierte que a pesar de las diversas condiciones de producción un buen trabajo periodístico exige tanto espíritu mental como cual- quier otro trabajo intelectual, y más aun si se consi- dera que debe ser hecho rápido, por encargo, y con la exigencia de su eficiencia. La mayoría de la gente, puesto que sólo recuerda las consecuencias terribles de la labor periodística irresponsable, no atina a re- conocer que la responsabilidad del periodista no es inferior a la del erudito, y aun es mayor, como se ha visto durante la guerra. No se cree que la discreción del buen periodista es mayor que la de la mayoría de la gente, y sin embargo así es. El público se ha ha- bituado a considerar la prensa con desprecio y con una piadosa mediocridad, debido a que el periodis- mo moderno y las circunstancias que lo rodean es- tán acosados por las más fuertes tentaciones.

Ahora no nos ocuparemos de lo que debería hacerse en esta cuestión. Aquí nos interesa la cuestión del des- tino del periodista político y de sus posibilidades de
llegar al poder político. Por el momento el perio- dista ha tenido posibilidades favorables dentro del partido socialdemócrata, pero incluso aquí los puestos obtenidos lo han sido a nivel de funciona- rios y no de dirigentes políticos.
En los partidos burgueses la oportunidad de lle- gar a la conducción por la vía del periodismo ha disminuido, en comparación con la generación pre- cedente. Claro que los políticos, por su influencia, debían tener relaciones con la prensa, pero ha sido excepcional la aparición de jefes políticos surgidos de las filas del periodismo. El motivo de esto con- siste en la "insustituibilidad" (Unabkömmlichkeit), so- bre todo del periodista sin bienes propios y así ligado a su profesión; "insustituibilidad" condicio- nada por el enorme incremento en la gestión y vo- lumen de las empresas periodísticas. La necesidad de ganarse la vida con artículos cotidianos o sema- nales es como un peso muerto para los políticos. Conozco casos de individuos destinados al poder político a quienes esa exigencia ha obstaculizado, externamente y sobre todo internamente, el ascen- so. Haría falta tratar como tema aparte los perjuicios recibidos por el periodismo en las relaciones entre la prensa y el Estado bajo el antiguo régimen. En los
países aliados estas condiciones fueron diversas, pero también allí, como en todos los Estados mo- dernos, rige la afirmación de que el periodista pierde influencia política, mientras que el empresario capi- talista de la prensa, del tipo de "Lord Northcliffe" la va adquiriendo.
En Alemania, las grandes empresas periodísticas capitalistas que controlan sobre todo los diarios con "avisos por palabras" han mostrado una especial indiferencia política. No había posibilidad de obte- ner ganancias con una política independiente, y ésta a su vez, hubiera hecho peligrar la benevolencia del poder político dominante. El negocio publicitario es el modo por el que durante la guerra se intentó in- fluir políticamente en la prensa en gran escala, in- tento en el que hoy se persiste. Si bien la gran prensa podrá escapar a esta presión, la situación será difícil para los diarios pequeños. De todos modos, y por el momento, la carrera periodística no es ac- tualmente en Alemania un camino normal para su- bir al poder político, sea cual fuere su seducción y su habilidad para otorgar posibilidades de acción y de responsabilidad política. No es fácil decir si la supresión del principio del anonimato, a lo que mu- chos periodistas accederían, modificaría esta situa-
ción. Durante la guerra hemos visto que la expe- riencia alemana de dar la dirección de ciertos perió- dicos a escritores de prestigio que firmaban por su nombre no siempre ha asegurado el logro de un elevado sentido de la responsabilidad. Haciendo a un lado las diferencias partidarias, fueron los

diarios peor acreditados los que lograron los mayores tira- jes. De este modo los editores y periodistas sensa- cionalistas llegaron a ganar dinero pero no honor. Sin embargo, no es posible extraer de esta experien- cia la negación del sensacionalismo como modo de promocionar las ventas, ya que el problema es complicado y el fenómeno del sensacionalismo irresponsable no es general. De todos modos la ta- rea periodística no es, por el momento, la vía para acceder a una conducción política responsable, aun- que el periodismo siga siendo un medio de los más importantes de la actividad política profesional. Medio no transitable para todo el mundo y menos aun para los espíritus débiles, sobre todo para quie- nes sólo logran su equilibrio interno mediante una segura posición estamental. Aunque la vida de un iniciado en la ciencia sea también azarosa, lo rodean formalidades de clase que le aseguran un status es- table. El periodista, en cambio, tiene una vida aza-
rosa en todo sentido, y las circunstancias en que se desarrolla están más ex- puestas a desequilibrar la seguridad interna que cualquier otra situación. Los logros a menudo amargos del trabajo periodístico no son tal vez lo peor. Las circunstancias difíciles deben ser afrontadas precisamente por los perio- distas exitosos. Por esto no es rara la transforma- ción de muchos periodistas en hombres inútiles, impotentes y despreciables; y por esto lo raro es que muchos periodistas escapen precisamente a ese des- tino.

Mientras que el periodista cuenta con un pasado bastante apreciable como tipo de político profesio- nal, la figura del funcionario de partido sólo corres- ponde al desarrollo de los últimos decenios, y en parte sólo a los últimos años. Para interpretar esta figura en su desarrollo histórico consideremos los partidos políticos y su organización.

En todas las agrupaciones políticas de cierta ex- tensión, es decir, en tanto trascienden los problemas de los pequeños distritos rurales, donde hay elec- ciones periódicas de autoridades, la organización política es forzosamente una empresa de interesa- dos; o sea que los fundamentalmente interesados en la vida y en el poder políticos se procuran seguido-
res, reclutándolos libremente, se presentan ellos mismos, o presentan a sus protegidos, como candi- datos a las elecciones, reúnen los medios económi- cos indispensables e intentan la ganancia de los votos. Es casi inimaginable suponer que las grandes agrupaciones podrían realizar elecciones sin contar con la organización debida de esa empresa. En la práctica esto significa la división de los ciudadanos con derecho a voto en elementos políticamente ac- tivos y políticamente pasivos. Como esta división, se basa en actitudes voluntarias, no puede ser su- primida mediante el voto obligatorio, la representa- ción "corporativa", o mediante otras medidas que tácita o expresamente vayan en contra de esa situa- ción y del dominio de los políticos profesionales. Los elementos vitales necesarios en todo partido son la

conducción activa y el libre reclutamiento de los seguidores. La elección del conductor requiere tanto los seguidores como los elementos pasivos. Hay diferencias, sin embargo, respecto a la estructu- ra. Por ejemplo, los "partidos" de las ciudades me- dievales, como los güelfos y los gibelinos, eran cohortes puramente personales. Si se consideran los Statuta della parte Guelfa, las confiscaciones de los bienes mobiliarios -en el origen, nobles eran todas las familias que vivían de modo caballeresco y po- día, así, usufructuar un feudo- la exclusión de los cargos públicos y la abolición del derecho a voto, los comités partidarios interlocales, los rígidos gru- pos militares, y las recompensas a los delatores, no es posible no ver la semejanza con la estructura bol- chevique con sus estrictos grupos militares y, sobre todo en Rusia, de espionaje, sus expropiaciones, el desarme y la supresión de los derechos políticos de los burgueses, o sea, empresarios, comerciantes, rentistas, sacerdotes, descendientes de la dinastía y miembros de la policía. La analogía es aun más no- table si se considera que, por una parte, la organiza- ción militar güelfa era un puro ejército de caballeros donde sólo entraban quienes eran caballeros y que la mayoría de los dirigentes eran nobles y que, por otra parte, los consejos soviéticos han reincorpora- do el empresario bien pagado, el salario a destajo, el taylorismo, la disciplina militar y laboral, y la intro- ducción de capital extranjero o sea, que para hacer funcionar el Estado y la economía los bolcheviques se han visto obligados a aceptar de nuevo todo lo que habían combatido como instituciones de clase burguesas, e incluso han apelado otra vez a la poli- cía secreta zarista como principal instrumento del poder del Estado. Pero aquí dejaremos a un lado estas organizaciones violentas y nos ocuparemos de los políticos profesionales que luchan por el poder a través de las comunes y "pacíficas" contiendas par- tidarias en el mercado de los votos.

Estos partidos, en el actual sentido de la palabra, fueron en su origen, por ejemplo en Inglaterra, me- ros séquitos de la aristocracia. Si un Par cambiaba de partido; lo mismo sucedía con todos los que de- pendían de él. Hasta la promulgación del bill de re- forma, los grandes nobles y el rey controlaban un inmenso número de distritos electorales. Semejantes a estos partidos aristocráticos fueron los partidos de notables, que surgen en todas partes con el ascenso al poder de la burguesía. Los grupos sociales con propiedades y educación se diferenciaron bajo la conducción espiritual de los típicos intelectuales de Occidente, en partidos condicionados por intereses de clase, por tradición familiar, por motivos ideoló- gicos. Sacerdotes, maestros, profesores, abogados, médicos, farmacéuticos, agricultores ricos; manu- factureros y lo que en Inglaterra se denomina "ca- balleros", formaron originariamente grupos ocasionales, o también agrupaciones locales políti- cas. En períodos de crisis se les sumó la pequeña

burguesía y, de vez en cuando, el proletariado, cuando fue llevado por dirigentes que por lo general no procedían de sus filas. En esta época todavía no hay partidos organizados cómo grupos permanentes interlocales. Sólo los delegados parlamentarios ase- guran la unión, y los notables del lugar influyen de- cisivamente en la elección de los candidatos. Los programas electorales surgen, en parte, de las pro- mesas publicitarias y de la propaganda electoral y, en parte, de las reuniones de los notables o de las resoluciones de los parlamentarios. La conducción de los grupos es una actividad secundaria y una ac- tividad gratuita; si no hay una agrupación, el manejo político queda a cargo de las pocas personas que en épocas normales se interesan por ese manejo. Sólo el periodista es un político profesional asalariado, y sólo la empresa periodística es una empresa política permanente. Aparte del periodismo, sólo existe la sesión parlamentaria. Claro que los dirigentes de los partidos parlamentarios sabían a qué notables loca- les debían recurrir cuando una acción política re- sultaba, deseable. Pero sólo en las grandes ciudades hay agrupaciones partidarias que reciben contribu- ciones moderadas de sus miembros, hacen reunio- nes periódicas, dan conferencias y reciben los informes dé los representantes parlamentarios. La vida partidaria sólo surge en épocas electorales.

El interés de los parlamentarios radica en el fortalecimiento de los posibles compromisos electo- rales interlocales, en los programas vigorosos y uni- ficados y en una agitación unificada en el país entero. Sin embargo, el partido sigue siendo una reunión de notables, aunque ya haya en todo el país, incluso en las ciudades medianas, una red de agentes y de afiliados partidistas locales que mantienen co- rrespondencia con un miembro parlamentario, co- mo dirigente de la oficina central, del partido. Aparte de esta oficina central aun no existen fun- cionarios asalariados. Los círculos locales están en- cabezados por personas “respetables", debido a la consideración de" la que ya gozan de todos modos; se trata de notables extraparlamentarios cuya in- fluencia es paralela a la del grupo de notables que se desempeñan como parlamentarios. La correspon- dencia que edita el partido proporciona el alimento intelectual para la prensa y las asambleas locales. Los aportes regulares de los miembros, con los que se solventan los gastos de la oficina central, se ha- cen indispensables. Hasta hace poco la mayor parte de los partidos alemanes estaban en esa etapa de

desarrollo. En Francia todavía se estaba parcial- mente en la primera etapa del desarrollo de los par- tidos, de modo que la articulación entre los parlamentarios era bastante inestable, los notables locales eran escasos en el país y los programas ela- borados por los candidatos o por sus protectores se atenían a un solo distrito y a una determinada elec- ción. Sólo parcialmente se ha modificado este sis- tema. El número de políticos profesionales de

dedicación completa era pequeño y se reducía a los diputados electos, los pocos empleados de la oficina central, los periodistas y, en Francia, los advenedi- zos que tenían “cargos políticos" o los buscaban. En lo formal la política era una ocupación de pasa- tiempo. La cantidad de diputados con miras a mi- nisterios era escasa como así también, dada la condición del sistema de notables, el número dé candidatos. Sin embargo, era grande el número de interesados directos en la política, sobre todo en un sentido material; todas las medidas tomadas por un ministerio y las decisiones en materia de personal se resolvían en parte según su repercusión electoral, se buscaba la concreción de cualquier deseo a través del diputado local, a quien el ministro debía escu- char, incluso a pesar suyo, sobre todo si formaba parte de su mayoría, y por esto todos trataban de alcanzar la mayoría. Cada diputado, en su distrito, controlaba el reparto de los cargos y, en general, la distribución de favores, a la vez que mantenía rela- ciones con los notables locales, con vistas a su re- elección.

En la actualidad, ante la sonrosada situación descripta de la hegemonía de los notables y, sobre todo, de los parlamentarios, encontramos las formas modernas de la organización partidaria. Estas for- mas modernas han surgido de la democracia, del derecho masivo al voto, de las exigencias propagan- distas y de la organización de las masas y del desa- rrollo de una máxima unificación directiva y de una disciplina muy estricta. Concluye el dominio de los notables y la conducción de los parlamentarios. De la empresa política se ocupan políticos “profesio- nales" ajenos al parlamento. A veces son “empresa- rios", como el cacique norteamericano y el agente electoral inglés; a veces son funcionarios con salario fijo. Formalmente se produce una pronunciada de- mocratización. Los grupos parlamentarios y los no- tables locales dejan de preparar los programas convenientes y de proclamar los candidatos; de esto se ocupan las asambleas partidarias que designan candidatos y delegados a las asambleas superiores, las que a su vez, en lo posible, envían candidatos a la convención general partidaria. Claro que el poder, según su esencia, está en manos de quienes trabajan continuamente en la empresa, o de aquellos de quienes la organización depende financiera o personalmen- te, por ejemplo los mecenas o los dirigentes de po- derosos grupos políticos como el Tammany Hall. Es decisivo que todo este aparato humano (la “má- quina", como se dice en los países anglosajones), o más bien sus dirigentes, controlen a los parlamenta- rios y les impongan su propia voluntad. Esto im- porta para la selección del jefe partidario. Es jefe el que controla el aparato partidario, e incluso supera al jefe parlamentario. O sea que la creación de esta maquinaria supone la aparición de la democracia plebiscitaria.

Naturalmente que los seguidores del partido, sobre todo sus funcionarios y empresarios, esperan obtener, de la victoria del jefe, retribuciones perso- nales, cargos u otros privilegios. Lo decisivo es que esperan conseguir estas ventajas del jefe y no me- ramente de los miembros parlamentarios. Esperan sobre todo que el efecto demagógico de la personali- dad del jefe durante la lucha electoral proporcione
los votos y los mandatos para el partido, consi- guiendo así el poder y acrecentando entonces las posibilidades de obtener las recompensas esperadas. En lo ideal, uno de los motivos más fuertes es el placer de trabajar devota y lealmente, no para un programa abstracto de un partido formado por me- diocridades, sino para la persona de un jefe. Aquí interviene el elemento "carismático" de toda con- ducción.

Esta forma se impuso en grado diversa en los distintos países, siempre en lucha con los notables y con los parlamentarios que defendían su propia in- fluencia. Así ocurrió primero en los partidos bur- gueses de Estados Unidos y luego en los partidos socialdemócratas, sobre todo en Alemania. Esta evolución sufre retrocesos cuando no existe un caudillo generalmente aceptado, y además, cuando existe, hay que hacer concesiones a la vanidad y a los intereses, de los notables partidarios. Sin embar- go se corre el riesgo de que el aparato caiga bajo el dominio de los funcionarios partidarios encargados del trabajo cotidiano. Precisamente algunos círculos socialdemócratas opinaban que el partido se había "burocratizado". Pero los "funcionarios" se some- ten fácilmente a la personalidad de un jefe demagó-
gico, ya que sus intereses materiales y espirituales se vinculan a la atracción del jefe respecto a la toma del poder, y además, el trabajo para un jefe tiene una satisfacción intrínseca. El ascenso del jefe es más difícil cuando, como sucede en la mayoría de los partidos burgueses, los notables comparten con los funcionarios el manejo del partido. En efecto, los notables, idealmente, hacen de los pequeños puestos o cargos de comité que ocupan una "forma de vida". Experimentan resentimiento contra el de- magogo como homo novus, están convencidos de la primacía de la "experiencia" política partidista (lo cual, objetivamente, tiene realmente importancia) y se preocupan ideológicamente por la decadencia de las viejas tradiciones partidarias. Tienen a su favor los elementos tradicionalistas del partido. Sobre to- do el elector rural, pero también el votante pequeño burgués, se guían por el nombre del notable que les es familiar. Desconfían del desconocido, aunque si éste triunfó se adhieren firmemente a él. Veamos ahora algunos ejemplos destacados de la lucha entre ambas formas estructurales -los nobles y el partido- y consideremos el predominio de la forma plebisci- taria, descripta especialmente por Ostrogorski.

Primeramente tomemos a Inglaterra. Hasta 1868 la organización partidaria se reducía allí a una orga- nización de notables. En el campo los conservado- res (tories) se apoyaban en los pastores anglicanos, en los maestros de escuela y, sobre todo, en los grandes terratenientes de cada condado. Los libera- les (whigs) se apoyaban sobre todo en el predicador no conformista (si lo había), en los jefes de correos, en el herrero, el sastre, el cordelero, o sea, los arte- sanos que desarrollan influencia política en tanto hablan frecuentemente con mucha gente. En la ciu- dad las diversidades económicas, y religiosas, o sim- plemente las tradiciones partidistas familiares determinaban la división partidaria. Pero siempre los notables orientaban la organización política. Por encima de esto se encontraban el Parlamento, el Gabinete, los partidos y el líder, que era presidente del Consejo de ministros o jefe de la oposición. El líder estaba asistido por un político profesional que era el más importante dentro del partido: el whip (el "fustigador" que obligaba a asistir a los diputados); éste controlaba el reparto de cargos y celebraba acuerdos con los diputados locales. En estos distri- tos fue surgiendo un estrato de políticos profesio- nales, a medida que en ellos se fue recurriendo a agentes locales que originariamente no eran retri- buidos y que asumían un papel semejante a los "hombres de confianza". Junto con ellos surgió, sin embargo, en los distritos, un tipo de empresario ca- pitalista, el "agente electoral", cuya existencia era inevitable en virtud de la nueva legislación que ase- guraba elecciones puras. Esta legislación se propo- nía el control de los gastos electorales y del poder del dinero, de modo de obligar a los candidatos a declarar los costos electorales, ya que los candida- tos, además de quedarse afónicos en los discursos, debían pagar los gastos de su bolsillo. Con la reno- vación legislativa, el agente electoral hacía un buen negocio haciéndose pagar por el candidato una alta cantidad. En Inglaterra, en el reparto de poder entre el líder y los notables, en el Parlamento y en el país en general, el líder solía tener la mejor parte, lo que le permitía una actividad política estable y de alto nivel. Sin embargo, la influencia de los parlamenta- rios y de los notables del partido seguía siendo con- siderable.

Este era el panorama que presentaba la vieja or- ganización partidaria, en parte una organización de notables y eh parte una organización empresarial con empleados a sueldo. Sin embargo desde 1868 se desarrolló el llamado Caucus System, primero para las elecciones locales de Birmingham y luego para todo el país. Sus creadores fueron un sacerdote incon- formista y Joseph Chamberlain; el sistema fue pro- piciado por la democratización del voto. Para atraer a las masas, se necesitó un gran aparato de agrupa- ciones aparentemente democráticas, asociaciones electorales por distrito, una constante movilidad y una profunda burocratización. De este modo au- menta el número de funcionarios asalariados en los comités

electorales locales; en conjunto, casi un diez por ciento de los electores quedó incluido dentro de estos comités; a su vez, los administradores electos del partido podían elegir a otros y eran los voceros formales de la política partidaria. Este desarrollo fue impulsado por el círculo local, interesado sobre to- do en la política municipal, que en todas partes es la fuente más fértil de oportunidades materiales. El círculo local era también el principal donante finan- ciero. Esta nueva maquinaria, que ya no estaba diri- gida por el Parlamento, pronto tuvo que luchar contra los antiguos poderosos, sobre todo contra el whip. Con el apoyo de los interesados locales pudo triunfar y hasta el whip tuvo que sometérsele y llegar a un acuerdo. El resultado fue la centralización del
poder en unos pocos y, finalmente, en la persona más encumbrada en el partido. Este sistema, apare- cido en el partido liberal, coincide con el ascenso de Gladstone al poder. El rápido triunfo de esta ma- quinaria sobre los notables fue la fascinación de la "gran" demagogia de Gladstone, la firme creencia de las masas en la sustancia ética de su política, y sobre todo la creencia en el carácter ético de su per- sonalidad. De este modo se hizo evidente la apari- ción de un elemento cesarista plebiscitario en la política: el dictador del campo de lucha electoral. En 1877; con el primer empleo electoral del Caucus System, se consigue un gran triunfo cuyo resultado fue la caída de Disraeli en el momento de su mayor éxito. En 1886 la maquinaria ya estaba tan orientada hacia el carisma del jefe que cuando se planteó la cuestión de la autonomía no se discutió si su pro- grama coincidía con el de Gladstone sino que se declaró que "se lo seguiría hiciera lo que hiciere", y de este modo se abandonó a Chamberlain, su pro- pio creador.
Este aparato exige un personal considerable. En Inglaterra hay unas dos mil personas que viven di- rectamente de la política partidaria. Claro, que las personas que actúan políticamente sólo para obte-
ner un cargo son las más numerosas, especialmente en la política municipal; además de las oportunida- des económicas el político del Caucus también puede satisfacer su vanidad. Llegar a ser juez de paz o in- cluso policía municipal es la aspiración máxima (normal) y lo logran quienes prueban su origen en las buenas familias, o sea los "caballeros". Claro que sobre todo para los grandes mecenas financieros la meta más elevada es un título nobiliario; aproxima- damente el cincuenta por ciento de los fondos del partido proviene de donantes anónimos.
¿Cuáles han sido los efectos de este sistema? Actualmente, los miembros parlamentarios, con excepción de algunos miembros del Gabinete (y de algunos "rebeldes") son meras ovejas bien amaes- tradas.. En Alemania, en el Reichstag, los diputados, por lo menos, solían hacer creer que trabajaban en bien del país mientras aprovechaban los pupitres para despachar, durante la

sesión, la corresponden- cia personal. En Inglaterra estos gestos son innecesarios. El miembro parlamentario sólo tiene que votar y no traicionar al partido; tiene que presentar- se cuando el whip lo convoca y hacer lo ordenado por el gabinete o por el líder opositor. Con un jefe poderoso, el sistema del Caucus se mantiene incons-
ciente y totalmente entregado al arbitrio del jefe: De este modo el dictador plebiscitario se sitúa por en- cima del Parlamento y trata a los miembros de éste como simples interesados en el logro de cargos pú- blicos.
¿Cómo se seleccionan los caudillos? Y ante todo
¿qué capacidades se requieren para ello? Además de las cualidades de la voluntad, universalmente decisi- vas, aquí importa especialmente la fuerza del discur- so demagógico. El estilo ha variado bastante desde Cobden, que se dirigía al intelecto, pasando por Gladstone, un verdadero perito en la técnica de "dejar que los hechos hablen por sí mismos", hasta la técnica actual donde los recursos emocionales para mover a las masas se asemejan a los del Ejér- cito de Salvación. Hay derecho en considerar la si- tuación actual como una "dictadura basada en la explotación del sentimentalismo de las masas". Pero la alta complicación del sistema de comisiones del parlamento inglés posibilita y aun obliga a todo po- lítico con aspiración de dirigente a cooperar en los trabajos de comisión. Todos los ministros relevan- tes de los últimos decenios han contado con este real y eficiente trabajo preparatorio. La práctica de los informes de comité y la crítica pública de las se-
siones permiten una verdadera selección de diri- gentes y una exclusión de los meros demagogos.
Así ha ocurrido en Inglaterra. Sin embargo, su Caucus System es sólo una forma secundaria compa- rado con la organización de los partidos norteamericanos, donde se mostró de manera pura el principio plebiscitario. Según la idea de Washington, Estados Unidos debía ser una comunidad dirigida "por "caballeros". En su época, "caballeros" eran en Estados Unidos los terratenientes o los educados en las universidades. Los legisladores, en los inicios de la organización partidaria, pretendieron convertirse en dirigentes políticos al modo del dominio inglés de los notables. La organización partidaria fue fluida hasta 1824; pero ya antes de la década de 1820 co- mienza, en algunos municipios, la formación del aparato partidista, lo que da lugar a un nuevo desa- rrollo que culmina con la elección de presidente de Andrew Jackson, candidato rural del Oeste, con lo que se suprimen las viejas tradiciones. En lo formal la dirección parlamentaria de los partidos termina poco después de 1840; cuando grandes parlamenta- rios como Calhoun y Webster se retiran de la vida política porque el Parlamento, enfrentado con el aparato partidario, ya había perdido casi todo poder

en el país: La razón del temprano desarrollo en Norteamérica de la “máquina" plebiscitaria se debe a que allí, y sólo allí, el ejecutivo, y esto es lo decisi- vo, el encargado del reparto de los cargos, es un presidente elegido plebiscitariamente que, debido a la “división de poderes", era casi independiente del Parlamento en su actuación. Así, como premio del triunfo, el rico, botín de los cargos se ofrecía preci- samente en la elección presidencial. Gracias a An- drew Jackson, el spoils system fue elevado a la categoría de principio sistemático, de donde se deri- varon las debidas conclusiones.
¿Qué significado tiene para la formación de los partidos actuales este spoils system, este sistema de repartir los cargos federales a los seguidores del candidato victorioso? Meramente que se enfrentan partidos totalmente carentes de principios, que sólo se organizan para apoderarse de cargos, y cuyos programas cambian según las probabilidades electo- rales y en un grado que no se encuentra en ninguna otra parte. Los partidos se ajustan según la táctica más adecuada para las elecciones que interesan para el reparto de los cargos: la lucha por la presidencia y por las gobernaciones de los Estados. Los progra- mas y los candidatos se establecen en las convenciones nacionales partidarias, sin intervención de los parlamentarios: O sea, surgen de convenciones par- tidarias cuyos delegados son elegidos de un modo formalmente democrático; éstos, a su vez, han reci- bido mandato de las “primarias", las asambleas de los electores del partido. En las primarias, los dele- gados son elegidos por referencia a los candidatos al gobierno. En los partidos, las luchas más arduas se libran respecto al teína del “nombramiento". El pre- sidente llega a tener e1 control de 300 a 400 mil nombramientos de funcionarios, que debe realizar de común acuerdo con los senadores de cada Esta- do; por esto los senadores son también políticos poderosos. En cambio, los diputados, carentes del poder de repartir cargos, y los ministros que, debido a la “división de poderes", son simples asistentes del presidente, legitimado por la elección plebiscitaria, pueden actuar, de este modo, con independencia de la confianza o desconfianza del pueblo.
El spoils system así establecido fue técnicamente posible en Estados Unidos debido a que la juventud de su cultura podía permitirse una pura administración de aficionados. Naturalmente que con 300 ó 400 mil funcionarios sin más títulos que su lealtad partidaria, la administración norteamericana debía tener grandes defectos y sólo podía ser tolerada en sus derroches y corrupciones por un potencial eco- nómico ilimitado.
En-este sistema la figura relevante es el cacique político. ¿Qué es el cacique político? Es un empre- sario capitalista político que “produce" votos por su propia cuenta y riesgo. Probablemente sus primeras relaciones puede haberlas entablado como abogado, como empresario de la industria de la diversión o dueño de negocios similares, o tal vez como pres- tamista. A partir de estos

comienzos alarga su in- fluencia hasta llegar a “controlar" un número determinado de votos. En este punto, entra en re1ación con otros caciques, y con habilidad, es- fuerzo y prudencia atrae la atención de sus predece- sores y comienza su ascenso. El cacique se hace indispensable para la organización partidaria y su- ministra, fundamentalmente, los recursos financie- ros. ¿Cómo los consigue? En parte gracias a los aportes de los miembros, y sobre todo descontando un porcentaje de los sueldos de los funcionarios a quienes les ha procurado el cargo. Además recibe el producto de sobornos y propinas. Si alguien intenta infringir impunemente algunas de las numerosas leyes, debe tener el consentimiento del cacique, y
debe pagarlo, a menos que quiera verse en aprietos. Estos recursos, sin embargo, no bastan para reunir el capital que requiere la empresa. El cacique es in- dispensable como receptor directo del dinero de los grandes magnates financieros, que no entregarían sus donativos electorales ni a un funcionario asala- riado ni a nadie que debiera dar cuenta pública de sus bienes. El cacique, con su cautelosa discreción en asuntos financieros, es e1 hombre por antono- masia para los grupos capitalistas que costean la elección. El cacique típico es una persona del todo austera. No busca prestigio social; la “buena socie- dad" desprecia al “profesional". El cacique sólo busca, poder, como medio para conseguir dinero, pero también el poder por el poder. A diferencia del líder inglés, el cacique norteamericano trabaja en el anonimato. Casi nunca habla en público. Sugiere a los oradores lo que deben decir, pero él mismo guarda silencio. Por lo general, no tiene cargo algu- no, excepto el de senador, pues, como por la Cons- titución los senadores están habilitados para repartir cargos, los principales caciques a menudo toman personalmente un cargo de senador. El reparto de los cargos se realiza, ante todo, según los servicios prestados al partido. Pero también se reparten los
cargos según ofertas financieras, e incluso ya hay asignadas determinadas tarifas para algunos cargos particulares; hay, entonces, un sistema de venta de cargos, que por otra parte tiene sus antecedentes en las monarquías europeas de los siglos XVII y XVIII, incluidos los Estados eclesiásticos.
El cacique no tiene principios políticos firmes, carece totalmente de convicciones y se limita a pre- guntarse por los modos de conseguir los votos. Por lo general es un hombre más bien inculto, pero a la vez su vida privada es inofensiva y correcta. Su mo- ral política se adapta al nivel medio del comporta- miento político, como lo hicieron muchos alemanes, en el terreno de la moral económica, en la época del acaparamiento. Al cacique no le importa ser socialmente despreciado como político “profe- sional". El hecho de que no ocupe ni desee ocupar personalmente los altos cargos federales tiene la ventaja de que permite la candidatura de individuos inteligentes extra partidarios, y de este modo nota- bles, si el cacique considera que pueden

atraer vo- tos. Así, la estructura de estos partidos sin principios, con jefes socialmente despreciados, ha permitido que hombres capaces alcanzaran la presi- dencia, hombres que en Alemania nunca la hubieran
alcanzado. Claro que los caciques se oponen encar- nizadamente al extraño que pueda amenazar sus fuentes de dinero y poder, pero con frecuencia, en la competencia por el favor de los votantes, los ca- ciques deben defender candidatos que se presentan como opuestos a la corrupción.
Hay, así, un poderoso aparato partidario capita- lista, fuertemente organizado de arriba a abajo y apoyado por grupos estables y rígidamente jerarqui- zados, como el Tammany Hall, que buscan benefi- cios económicos exclusivamente mediante el control político, sobre todo mediante el gobierno municipal, que también en Norteamérica es el botín más rico. Esta estructura de la vida partidaria hizo posible el elevado nivel democrático de los Estados Unidos, un "país nuevo"; y esta circunstancia, a su vez, es la principal razón de la paulatina decadencia de ese sistema. Estados Unidos ya no puede ser go- bernado únicamente por aficionados. Hace quince años, si se les preguntaba a los obreros norteameri- canos por qué se dejaban gobernar por políticos a los que despreciaban públicamente, respondían: "Preferimos que ocupen los cargos personas a las que podemos escupir, en vez de tener una casta de funcionarios que nos escupan a nosotros". Este era
el viejo punto de vista de la "democracia" norteame- ricana. Ya en ese tiempo los socialistas opinaban de un modo totalmente opuesto, y ahora la situación ya se hace insostenible. La administración de aficiona- dos es insuficiente y la Reforma del Servicio Civil está estableciendo un número progresivamente cre- ciente de cargos vitalicios con derecho a jubilación, de modo de emplear funcionarios con formación universitaria tan capaces e incorruptibles como los nuestros. Ya ahora existen unos 100 mil cargos que no son objeto de la repartija electoral sino que dan derecho a jubilación y se cubren mediante exámenes de aptitud. De este modo el spoils system irá desapa- reciendo gradualmente y la dirección partidaria se transformará en un sentido que por el momento es impredecible.
En Alemania, hasta el presente, las condiciones esenciales de la administración política han sido las siguientes: en primer lugar, impotencia de los par- lamentarios, de modo que ningún hombre con cua- lidades de jefe podía quedarse mucho tiempo en el Parlamento. ¿Qué podía hacer un hombre de esas condiciones en el Parlamento? Si quedaba libre un cargo en la administración, podía decirle al jefe ad- ministrativo: "En mi distrito electoral tengo una
persona adecuada. Dele el puesto". Y con gusto se lo daban; pero esto era todo lo que prácticamente podía hacer un parlamentario alemán para satisfacer sus ansias de poder, si las tenía. En segundo lugar, y éste es un factor

condicionante del anterior, tene- mos la importancia de los funcionarios especializa- dos en Alemania. Nuestro funcionariado era el mejor del mundo. La consecuencia de esta alta cali- dad era el deseo de estos funcionarios de ocupar no sólo sus cargos sino también los ministerios. Preci- samente en la legislatura de Baviera, se dijo hace unos años, en el debate sobre la introducción del gobierno parlamentario, que si los legisladores ocu- paban los ministerios ya no habría personas capaces que se interesaran por ingresar en la administración pública. Además, este funcionariado rehusaba sis- temáticamente un control como el ejercido por las comisiones legislativas inglesas, de modo que la administración, salvo raras excepciones, impidió que dentro del Parlamento se formaran jefes admi- nistrativos realmente útiles.

Un tercer factor es que en Alemania, a diferen- cia de lo que ocurre en Estados Unidos, teníamos partidos políticos con principios, que al menos subjetivamente con buena fe afirmaban que sus miembros representaban una "concepción del mundo". Los dos partidos más importantes de este tipo, el partido centrista y el partido socialdemócra- ta, han surgido, sin embargo, para ser partidos mi- noritarios. Los dirigentes centristas nunca ocultaron su oposición al parlamentarismo, debido al miedo de quedarse en minoría y experimentar, entonces, grandes dificultades para conseguir cargos para sus seguidores, tal como hasta entonces lo había venido haciendo mediante presiones sobre el gobierno. La social democracia fue un partido minoritario con principios y un obstáculo para el parlamentarismo, ya que no quería mancharse participando en el or- den político burgués. El hecho de que ambos parti- dos rehusasen el sistema parlamentario imposibilitó un gobierno de este tipo.

Sobre esta base ¿cuál era la situación de los po- líticos profesionales en Alemania? Estos no tenían poder ni responsabilidad, y sólo podían desempeñar un papel bastante subalterno como notables. En consecuencia, en los últimos tiempos, estaban ani- mados por el espíritu de gremio típico de todas las profesiones. A una persona que no fuera como ellos le resultaba imposible destacarse en el ámbito de los notables, que se aferraban mezquinamente a sus puestos. Yo podría citar muchos nombres de todos los partidos, sin excluir, naturalmente, el socialde- mócrata, donde había hombres capaces ilustrativos de esta tragedia política, hombres que justamente por sus cualidades no fueron admitidos por los no- tables. En todos los partidos se encuentra este pro- ceso; de modo que se han convertido en gremios de notables. Bebel, por ejemplo, a pesar de su modesta inteligencia, era un auténtico dirigente por su tem- peramento y su limpieza de carácter. El hecho de que fuese un mártir y de que nunca traicionase la confianza de las masas, le significó el total apoyo de éstas; en el partido no había quién pudiera oponér- sele. Su muerte dio fin a todo

esto y se inició el do- minio del funcionariado. Los puestos claves fueron ocupados por funcionarios sindicales, secretarios de partido y periodistas. El partido cayó bajo los ins- tintos de los funcionarios, que eran muy respetables y sobre todo honestos, en comparación con la si- tuación en otros países, sobre todo entre los fun- cionarios sindicales norteamericanos, sumamente corruptibles. Pero en el partido comenzaron las consecuencias del control del funcionariado, que acabamos de explicar.

A partir de 1880 los partidos burgueses se con- virtieron por completo en gremios de notables. Naturalmente que en ocasiones los partidos, con fines de propaganda, se vieron obligados a captar a intelectuales no partidistas para poder decir "tene- mos con nosotros a tales y tales nombres". Mientras podían, impedían que estos intelectuales se presen- taran a elecciones, y sólo cuando era inevitable y el interesado insistía, se le permitía presentarse como candidato. La misma tónica predominaba en el Par- lamento. Los partidos alemanes eran y siguen sien- do gremios. Cada discurso pronunciado en el Reichstag ha sido censurado de antemano en el parti- do, lo que se percibe por su infinito aburrimiento. Sólo pueden hablar los que se han anotado como oradores. Esto resulta del todo opuesto a la cos- tumbre inglesa y también (por motivos radicalmente opuestos) a la costumbre francesa.

Es probable que ahora, en virtud de este ex- traordinario trastorno llamado revolución, se pro- duzca un cambio. Es probable, aunque no seguro. A1 principio, aparecieron nuevos tipos de aparatos partidarios. Ante todo, aparatos de aficionados. Por lo general estos aparatos surgen a partir de grupos de estudiantes universitarios que le piden a algún
individuo a quien le atribuyen cualidades de diri- gente que los dirija mientras ellos realizan el trabajo. Luego aparecen aparatos de hombres de negocios. La persona a quien se atribuyen cualidades de jefe es convocada por grupos de personas que le piden que se encargue de ganar votos a cambio de una canti- dad de dinero fija por cada elección. En mi opinión el aparato que me parece más digno de confianza, desde un punto de vista técnico, es el segundo. De todos modos, ambos fueron dos rápidas burbujas que en seguida estallaron. Los aparatos existentes se transformaron y continuaron trabajando. Aquellos fenómenos sólo significaron la posibilidad de la instauración de nuevos aparatos cuando surgieran jefes adecuados. Pero ya su aparición estaba impe- dida por las peculiaridades técnicas de la representa- ción proporcional. Sólo se destacaron algunos dictadores callejeros que en seguida desaparecieron. Y sólo los seguidores de una dictadura callejera se organizaron de modo disciplinado; de ahí el poder de estas minorías en vías de desaparición.

Supongamos que todo esto cambiara. Entonces, de acuerdo con lo dicho, debe tenerse presente que la conducción plebiscitaria de los partidos implica la "desespiritualización" de sus seguidores, su proleta-

rización intelectual, podríamos decir. Para ser un aparato útil para el jefe sus seguidores deben obede- cerlo ciegamente, convertirse en una máquina, en el sentido norteamericano, sin pretender tener opinio- nes propias ni sentirse perturbados por la vanidad de los notables. La elección de Lincoln sólo fue posible gracias a ese carácter organizativo del partido y, como ya se dijo, lo mismo ocurrió con el sistema del Caucus en el caso de Gladstone. Este es meramente el precio que hay que pagar por la conduc- ción de un caudillo. Sólo es posible optar entre una democracia caudillista con un "aparato" o una democracia sin caudillos, a saber, el gobierno de polí- ticos profesionales sin atractivos, sin las cualidades personales y carismáticas que crean a un caudillo; a esta situación se refieren los partidarios rebeldes cuando hablan del "gobierno de las camarillas". Por ahora esto es lo que tenemos en Alemania, y su prolongación se verá facilitada en el futuro, al me- nos en el Reich, por el hecho de la reconstitución del Bundesrat, que inevitablemente limitará en su po- der al Reichstag y rebajará así su significación como foco de selección de los caudillos. Sólo el presidente del Reich podría ser una válvula de escape para la necesidad de tener un caudillo, si fuera elegido de
modo plebiscitario y no por el Parlamento. Tam- bién podrían aparecer y seleccionarse conductores sobre la base del trabajo realizado si en las grandes ciudades surgiera un jefe municipal elegido plebis- citariamente y con derecho a organizar sus funcio- nes con total independencia. Esto sucedió en los Estados Unidos, cuando se intentó una lucha seria contra la corrupción. Esto requeriría una organiza- ción partidaria adaptada a este tipo de elecciones. Pero la hostilidad pequeño-burguesa de todos los partidos, y también de la socialdemocracia, contra los caudillos, todavía no deja vislumbrar la futura configuración partidaria y la concreción de estas posibilidades.
En consecuencia, por ahora no es posible pre- decir la futura configuración de la empresa política como "profesión", y menos todavía el camino que habrán de tomar las futuras posibilidades para el rendimiento de los políticamente dotados en traba- jos políticos satisfactorios. El que está obligado, por su situación económica, a vivir "de" la política, ten- drá que elegir entre hacerse periodista o funcionario de partido como típicas vías directas; o bien deberá buscar un cargo municipal conveniente, o un cargo representativo de grupos de interés, tales como los
sindicatos, las cámaras de comercio, las cámaras agropecuarias, los gremios artesanales, etc. Sobre este aspecto externo no queda nada más que decir, excepto que el funcionario partidario comparte con el periodista el odio de ser un desclasado. Desgracia- damente siempre se llamará "escritor a sueldo" al periodista y "orador a sueldo" al funcionario; es pre- ferible que el incapaz de responder a estas acusacio- nes se aparte de la carrera política, que es un camino que a sus tentaciones añade los peores desengaños. De todos modos

¿qué satisfacciones ofrece esta ca- rrera y qué condiciones se requieren para seguirla?

Ante todo da un sentimiento de poder. Saber que se influye sobre otras personas, que se participa en el poder que las somete y, sobre todo, que se puede sentir efectivamente que se manejan los hilos de acontecimientos históricos importantes, hacen que el político profesional se remonte por encima de lo cotidiano, aun cuando ocupe posiciones for- malmente modestas. El problema que entonces se le plantea es determinar cuáles son las cualidades re- queridas para cumplir con ese poder (por muy limi- tado que sea éste en su caso concreto) y qué responsabilidades le reporta. Esto nos lleva al terre- no ético, pues es aquí donde hay que determinar
qué clase de hombre hay que ser para poder inter- venir en el proceso histórico.

Se puede decir que hay tres cualidades decisiva- mente significativas para el político: pasión, sentido de la responsabilidad y sentido de las proporciones. Pasión en el sentido de positividad, de devoción apa- sionada a una “causa", al dios o demonio que la domina No la pasión, en el sentido de la actitud ín- tima que mi difunto amigo Georg Simmel solía lla- mar “excitación estéril", y que es característica de un determinado tipo de intelectual ruso (claro que no de todos). Es una excitación que, en este carnaval al que se adorna con el altivo nombre de “revolución", desempeña un gran papel entre nuestros intelectua- les. Es un romanticismo de lo intelectualmente “in- teresante", que cae en el vacío y que carece de todo sentido de responsabilidad objetiva. Claro que no basta con la simple pasión, aunque se la sienta au- ténticamente. No se es político por ser apasionado, a menos que la pasión esté al servicio de una “cau- sa" y se deje guiar por la responsabilidad hacia esta causa. Para esto se necesita un sentido de las pro- porciones que constituye la cualidad política psico- lógicamente decisiva, o sea, la habilidad para dejar que la realidad actúe sin perder la calma y la con-
centración, o mejor, la capacidad de distanciarse de las cosas y de los hombres. El “no saber guardarlas distancias" constituye uno de los pecados mortales del político, una cualidad cuyo olvido condenará a la incapacidad política a la actual generación de inte- lectuales. Justamente la cuestión consiste en cómo unir en una misma persona una pasión cálida y una fría responsabilidad. La política se hace con la cabe- za, no con otras partes del cuerpo o del alma. Sin embargo, la entrega a una causa sólo puede nacer y alimentarse en la pasión, para que no sea un frívolo juego intelectual sino una actitud auténticamente humana. Y este seguro dominio de sí mismo, por el que el político apasionado se diferencia del “estéril- mente excitado" y del aficionado político, sólo es posible por el hábito del desapego, en todos los sentidos de la palabra. La

“fuerza" de una “persona- lidad" política implica, ante todo, la posesión de esas cualidades.
Por esto el político debe vencer cotidianamente a un enemigo muy vulgar y a la vez muy humano: la vanidad, opuesta a toda devoción y a todo desape- go, en este caso al desapego frente a sí mismo.
La vanidad es una cualidad muy extendida, y se la encuentra tanto en los ambientes académicos
como en los científicos, aunque por lo general no estorba la actividad científica, mientras que sus perjuicios son grandes en la práctica del político, quien se cultiva en el ansia de poder. El “instinto de poder" es normal en el político, pero deja de ser objetivo cuando se lo retira de la devoción a la causa y se lo convierte en mera embriaguez personal. En última instancia sólo hay dos pecados mortales en la política: la falta de objetividad y la irresponsabilidad. La vanidad lleva al político a cometer uno de estos pecados, o ambos a la vez; precisamente en la me- dida en que el demagogo debe tener en cuenta la “impresión" que causa, su falta de objetividad lo lleva a convertirse en comediante y a buscar la apa- riencia del poder en vez del poder real, y su falta de responsabilidad lo induce a descuidar la finalidad y a contentarse con el poder por el poder mismo. Por esto la mayor distorsión de la fuerza política es la fanfarronada vanidosa del advenedizo que lo lleva al mero culto del poder y a la complacencia en el sen- timiento del poder. El mero “político de poder" de- semboca en vías muertas y absurdos; sus gestos jactanciosos sólo ocultan el vacío y la impotencia; éste es el producto de una actitud mezquina e indi- que carece de relación con el espíritu trágico de toda acción y sobre todo de la acción política.
La historia prueba que con frecuencia el resulta- do final de una acción política no tiene una relación adecuada con su significado originario; pero esto, sin embargo, no autoriza a prescindir de ese signifi- cado si se quiere que la acción tenga una fuerza in- terior. Precisamente la causa a cuyo servicio se ha de poner el poder es una cuestión de fe. Siempre debe existir alguna forma de fe, sea que ésta sea fe en el “progreso", en cualquier sentido, sea que sirva a metas nacionales o internacionales, éticas, religio- sas o culturales, sea que se persigan “ideales" o me- ros fines materiales. Si falta la fe, incluso los éxitos políticos aparentemente más sólidos resultan va- cuos. De este modo hemos llegado a la cuestión de las relaciones entre la ética y la política. ¿Qué papel ha de ocupar la ética en la actividad política? No hay duda de que aquí se contraponen concepciones del mundo definitivas entre las que hay que elegir. En- caremos de frente este problema cuyo planteo es relativamente reciente.
En primer lugar hay que despojarse de una falsi- ficación bastante vulgar, a saber, que la ética puede aparecer con una función extremadamente coactiva.

Veamos algunos ejemplos. Es raro encontrar a un hombre que habiendo dejado de amar a una mujer para amar a otra no sienta necesidad de legitimarse ante sí mismo diciendo que la primera no merecía su cariño o que lo ha decepcionado. Aquí hay una falta de caballerosidad que agrega una presunta "justificación" al simple hecho de que ya no ama a esa mujer y ésta tiene que soportarlo; mediante esa justificación nuestro hombre se atribuye un derecho y carga a la mujer con una culpa. Así también el competidor triunfante en una lid amorosa puede considerar que el rival debe ser indigno puesto que ha sido vencido. Así también el guerrero victorioso puede declarar que ha vencido puesto que tenía ra- zón, y esto es una hipocresía. O cuando alguien se derrumba psicológicamente bajo los terrores de una guerra y en vez de decir que ya no podía soportarla alega que se ha apartado de "una causa moralmente mala". Lo mismo ocurre con los vencidos en una guerra. Es propio de viejas comadres buscar a los "culpables" de una guerra, puesto que es siempre la estructura de la sociedad la que originar las guerras. La actitud correcta y viril es decirle al enemigo ven- cedor: "Hemos perdido la guerra, y ustedes la han ganado. Esto ya es así. Discutamos ahora las conse-
cuencias que hay que sacar de este hecho en lo con- cerniente a los intereses objetivos implicados y en lo concerniente a la responsabilidad hacia el futuro, que corresponde sobre todo al vencedor". Lo contrario a esto es indigno y de todos modos perjudicial. Una nación perdona el perjuicio que sé hace a sus intere- ses pero no la ofensa a su honor, y menos todavía la ofensa hipócrita. La conclusión, por lo menos mo- ral, de la guerra, sólo se logrará con objetividad y caballerosidad y, sobre todo, con dignidad. Pero no con una "ética" que sólo significa indignidad por ambas partes. Esta supuesta ética se ocupa de pro- blemas estériles sobre culpas pasadas, en vez de ocuparse del futuro y de la responsabilidad hacia el futuro, que son las reales preocupaciones del políti- co. Esa supuesta ética es, en verdad, una culpa política. De este modo se oculta la falsificación del problema en virtud de intereses muy materiales: el interés del vencedor por obtener las mayores ven- tajas morales y materiales; la esperanza del vencido de obtener ventajas mediante sus confesiones de culpabilidad. Esto es lo más "abyecto" y es resulta- do de utilizar la "ética" como medio de "tener ra- zón".

Ahora bien, ¿cuáles son las verdaderas relacio- nes entre la ética y la política? ¿Se oponen radical- mente? ¿O hay una sola ética, aplicable tanto a la actividad política como a cualquier otra actividad?

¿Pero hay acaso una ética que pueda establecer normas de contenido idéntico para las relaciones amorosas, comerciales, familiares, profesionales; para las relaciones con la esposa, con el almacenero, el hijo, el competidor, el amigo, el acusado? ¿Puede ser verdad que a la exigencia que la ética le hace a la política le resulte indiferente que la política opere con medios tan específicos como el

poder que se apoya en la violencia? ¿Acaso los ideólogos bolchevi- ques y los espartaquistas no obtienen los mismos resultados que cualquier dictador militar precisa- mente porque usan ese instrumento político? ¿En qué se diferencia la dominación de los consejos de obreros y de soldados de la del gobernante del anti- guo régimen, excepto en la persona del titular del poder y en su diletantismo? ¿En qué se diferencia la polémica de la mayoría de los representantes de la presunta nueva ética contra sus oponentes de la de cualquier otro demagogo? Se dirá que la diferencia está en su noble intención. Pero aquí nos ocupamos de los medios; también los adversarios creen actuar con intenciones puras y elevadas. "El que a hierro mata a hierro muere", y luchar es siempre luchar. ¿Y la ética del Sermón de la Montaña? El Sermón de la Montaña, que es la ética absoluta del Evangelio, es mucho más serio de lo que creen los que hablan de su mandamiento. No es cuestión de broma. A esta ética se aplica lo mismo que se ha dicho de la causa- lidad científica: no es un taxi que se puede detener arbitrariamente. Se la toma o se la deja por entero, pues éste es precisamente su significado; de lo con- trario se lo vulgariza. Así, por ejemplo, se dice del joven rico: "Se marchó apenado, pues poesía mu- chos bienes". El precepto evangélico es incondicio- nado: "Da todo lo que poseas, todo". El político dirá que el precepto carece de sentido social a me- nos que se imponga a todos. Y por lo tanto apelará a impuestos confiscatorios, a la coerción y a la re- glamentación contra todos. Pero no es esto lo que postula el Evangelio, y esa es su esencia. También es incondicional el mandato de "ponerla otra mejilla"; no se pregunta si el otro tiene derecho a golpear. Es una moral de la indignidad, excepto para un santo. O sea, si se actúa en todo como un santo, al menos en la intención, si se vive como Jesús, los apóstoles, San Francisco, y, otros, entonces esta ética tiene un
sentido y expresa una elevada dignidad, pero no si es de otro modo. La ética evangélica dice que "no hay que resistir el mal con la fuerza", pero para el político vale que hay que resistir el mal con la fuerza, pues de lo contrario hay que hacerse responsable del triunfo del mal. El que quiere actuar según la ética evangélica debe abstenerse de participar, en una huelga, que supone coacción, y entrar en un sindicato amarillo. Sobre todo, no debe hablar de "revolución". Pues la ética evangélica no enseña que la única guerra legítima sea precisamente la guerra civil. El pacifista que actúa evangélicamente se verá obligado a abandonar las armas o a rechazarlas, co- mo se recomendó en Alemania para terminar con todas las guerras. El político, en cambio, dirá que el medio más seguro de desacreditar la guerra para el futuro previsible seria una paz que mantuviese el statu quo. Entonces los pueblos se hubieran pregun- tado para qué servía la guerra. Se la hubiese reduci- do al absurdo, lo cual ahora es imposible, pues al menos para una parte de los vencedores la guerra habrá resultado políticamente rentable. Y la respon- sabilidad por esto

recaerá en la actitud que nos im- posibilitaba toda resistencia por nuestra parte. Ahora, a consecuencia de la ética absoluta, una vez
pasado el período de cansancio, quedará desacreditada la paz, no la guerra.
Consideremos, por último, el de- ber de decir la verdad. Este deber es incondicional en la ética absoluta. De aquí se ha seguido que hay que publicar sobre todo los documentos que culpan al propio país, y hacer confesiones unilaterales, de modo incondicional y sin considerar las consecuen- cias. El político descubrirá que de este modo no se producirá la verdad sino su oscurecimiento, con el abuso y las pasiones desencadenadas; decidirá que sólo una investigación completa, metódica e impar- cial puede resultar fructífera, y que cualquier otra conducta sólo podría acarrear, para la nación, con- secuencias que no podrían remediarse en varias dé- cadas. Pero la ética absoluta no se preocupa por estas "consecuencias". Esta es la cuestión.
Hay que comprender que toda acción ética- mente orientada, puede seguir una de dos máximas fundamentales diametralmente opuestas: puede se- guir una "ética de la convicción" o una "ética de la responsabilidad". Esto no quiere decir que la ética de la convicción carezca de responsabilidad o que la ética de la responsabilidad coincida con la falta de convicción. No es esto. Pero sí hay un contraste abismal entre actuar según la máxima de la convic-
ción -tal como la que prescribe el Evangelio- o se- gún la máxima de la responsabilidad, como la que prescribe la consideración de las consecuencias de los propios actos. Es posible probarle a un sindica- lista convencido que las consecuencias de sus accio- nes no harán otra cosa que acrecentar la reacción y la opresión de la derecha burguesa; esto no pertur- bará a un sindicalista firme en sus convicciones. Si las consecuencias de la acción realizada según una ética de la convicción son malas, el agente de esa acción no se sentirá responsable de ellas sino que las atribuirá al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad divina. El que actúa según la ética de la responsabilidad, en cambio, tomará en cuenta los defectos normales de la gente; según las palabras de Fichte, no tendrá derecho a suponer que los hom- bres son buenos y perfectos, y no se sentirá en con- diciones de descargar en otros las consecuencias previsibles de sus actos. El que actúa según una éti- ca de la convicción únicamente se sentirá responsa- ble de que no se apague el fuego de la pura convicción, por ejemplo el fuego de la protesta contra las injusticias sociales. Avivar una y otra vez la llama es el objetivo de sus acciones, bastante irra-
cionales, consideradas respecto a su posible éxito.
Pero incluso con esto no llegamos al término del problema. Ninguna ética en el mundo puede rehuir el hecho de que en muchos casos el logro de fines "buenos" requiere el uso de medios moralmente dudosos, o al menos peligrosos, así como la proba- bilidad de derivaciones moralmente malas. Ninguna ética del mundo puede tampoco determinar cuándo y en qué medida

el fin “justifica" moralmente los medios y las derivaciones moralmente peligrosas.
El medio decisivo de la política es la violencia. El ejemplo de los socialistas revolucionarios (fac- ción Zimmerwald) nos permitirá medir la tensión moral entre fines y medios. Estos socialistas, du- rante la guerra, se condujeron según un principio que podría formularse así: “Si hay que optar entre unos años más de guerra que aporten la revolución o paz inmediata y nada de revolución, entonces ele- gimos esos años más de guerra". Si a un socialista con preparación científica se le hubiera preguntado qué podía transformar esa revolución, habría res- pondido que por el momento no era posible el paso inmediato a una economía socialista, en su sentido de la palabra, sino sólo a una economía burguesa despojada de sus elementos feudales y dinásticos. Y por lograr este modesto resultado se prefieren esos
"años más de guerra". Hay razón en afirmar que, incluso con una convicción socialista muy sólida, es posible rechazar un fin que requiere tales medios.
La ética de la convicción debe derrumbarse; aparentemente, ante el problema de la justificación de los medios por el fin. De hecho, lógicamente sólo tiene la posibilidad de condenar toda acción que emplee medios moralmente peligrosos. Lógi- camente. En la realidad vemos repetidamente que los que actúan según una ética de la convicción se convierten repentinamente en profetas milenaristas. Por ejemplo, los que repetidamente han predicado “el amor contra la violencia" ahora invocan la fuerza última que habrá de terminar con toda violencia, así como en cada ofensiva los oficiales alemanes decían a los soldados que era la ofensiva definitiva que tra- ería la victoria y la paz. El que actúa según una ética de la convicción no tolera la irracionalidad moral del mundo. Si se hacen concesiones al principio de que el fin justifica los medios, es imposible conciliar una ética de la convicción con una ética de la responsa- bilidad, así como es imposible establecer éticamente qué fines pueden justificar tales o cuales medios.
Mi colega F. W. Forster, por quien tengo una gran estima personal por su indudable sinceridad,
pero a quien rechazo como político, cree que es po- sible resolver esa dificultad con la simple tesis de que el bien sólo produce bien y el mal sólo produce mal. Si esto fuera así, no se plantearía el problema. Pero resulta sorprendente que sobreviva una tesis como ésta dos mil quinientos años después de los Upanishadas. Tanto el curso de la historia universal como el análisis imparcial de la experiencia cotidia- na muestran lo contrario; también el desarrollo de las religiones del mundo señala la verdad de lo con- trario. También el problema de la teodicea consiste en saber cómo es posible que un poder considerado omnipotente y benévolo haya podido crear este mundo irracional, de sufrimiento inmerecido, injus- ticia impune y estupidez irremediable. O ese

poder no es omnipotente o no es benévolo, o bien la vida está gobernada por principios de compensación y de sanción que sólo pueden ser interpretados meta- físicamente o que escapan eternamente a nuestra comprensión. Este problema de la irracionalidad del mundo ha sido el motor de toda evolución religiosa. De la experiencia de esta irracionalidad han surgido la doctrina hindú del Karma, el dualismo persa, la doctrina del pecado original, la predestinación y el deus absconditus. También los primitivos cristianos
sabían que el mundo está regido por demonios y que el que se dedica a la política, o sea, al poder y a la violencia como medios, pacta con el diablo, de modo que ya no es cierto que por su actividad el bien produzca el bien y el mal produzca el mal, sino que a menudo ocurre lo opuesto. El que no com- prende esto es un niño, políticamente hablando.

Las diversas éticas religiosas se han adaptado di- versamente al hecho de que vivimos en distintas esferas vitales regidas por leyes distintas. El poli- teísmo griego reverenciaba tanto a Afrodita como a Hera, a Apolo como a Dionisos, aun sabiendo que estos dioses tenían conflictos entre sí.

Un "maquiavelismo" realmente radical, en el sentido habitual de la palabra, está representado clá- sicamente en la literatura hindú por el Arthasastra de Kautaliya (muy anterior a Cristo, atribuido a la épo- ca de Chandragupta). El Príncipe de Maquiavelo re- sulta inofensivo comparado con esta obra. Como es sabido, para la ética católica los concilia evangélica son una ética especial para los que están dotados con el carisma de una vida santa. Entre éstos está el monje, que no debe derramar sangre ni buscar riquezas, el caballero cristiano y el burgués piadoso que, respec- tivamente, pueden hacer una cosa y la otra. Los gra-
dos de la ética y su integración en una fe de la salva- ción son menos coherentes aquí que en la India, pero esto podía y debía ocurrir, según los supuestos de la fe cristiana. La maldad del mundo en virtud del pecado original facilitaba la introducción en la ética de la violencia como un medio para combatir el pecado y las herejías que ponían el alma en peli- gro. Sin embargo, las exigencias acósmicas del Ser- món de la Montaña, que corresponden a una pura ética de la convicción, contenían una ley natural de imperativos absolutos apoyados en la religión; estas exigencias conservaron su fuerza revolucionaria y aparecerían con vigor furioso en casi todas las épo- cas de agitación social. Originaron, en particular, sectas pacifistas radicales, una de las cuales intentó en Pennsylvania el experimento de una comunidad que renunciaba a la violencia exterior. Este experi- mento siguió un curso trágico puesto que, al estallar la guerra de la independencia, los cuáqueros se vie- ron imposibilitados de alzarse en armas en una gue- rra en la que se defendían sus ideales. El protestantismo normal, en cambio, legitimó el Es- tado como institución

divina y, en consecuencia, la violencia como medio; el protestantismo legitimó sobre todo el Estado autoritario. Lutero descargó al
individuo de la responsabilidad moral de la guerra y la traspasó a la autoridad, a la que se podía obedecer en todo excepto en cuestiones de fe. El calvinismo aceptó básicamente la legitimidad de la violencia como medio de defender la fe, o sea la cruzada, la guerra de la religión, que fue un elemento vital para el Islam en sus comienzos. Como se puede ver, el problema de la ética no es el moderno escepticismo surgido del culto renacentista por el héroe. Todas las religiones del mundo han luchado con este pro- blema y, con lo que hemos dicho, no podía ser de otro modo. La especificidad de todos los problemas éticos de la política está determinada por su medio peculiar; la violencia legítima en manos de agrupa- ciones humanas.

Quien se vale de la violencia para cualquier fin, y esto es lo que hacen todos los políticos, está expuesto a sus consecuencias específicas. Esto es es- pecialmente válido para el cruzado, religioso o revolucionario. Tomemos el presente como ejemplo. El que quiere imponer por la fuerza la justicia absoluta en el mundo necesita seguidores, un "aparato" humano. Para que el aparato funcione, debe ofrecerle los necesarios premios internos y externos. En las condiciones de la lucha de clases moderna, los premios internos consisten en la satisfacción del odio y de las ansias de venganza y, sobre todo, la satisfacción del resentimiento y de la pasión pseudoética de la autojustificación; o sea, hay que denigrar a los adversarios y acusarlos de herejía: Los premios externos son la aventura, la victoria, el botín, él poder y los favores. El jefe y su éxito depen- den por completo del funcionamiento de este aparato y, por tanto, no de sus propios motivos. Debe, pues, asegurar que esos premios se concedan permanentemente a sus seguidores. De este modo, el real resultado de su acción no depende de él, sino que está determinado por los motivos morales de sus seguidores, que son predominantemente viles; el jefe sólo podrá dominar a sus seguidores en la me- dida en que inspire en éstos una confianza honesta en su persona y en su causa, lo que sólo podrá ocu- rrir en una minoría de aquellos. Pero esta confianza, aun cuando sea subjetivamente sincera, en muchos casos no es nada más que una "justificación" del ansia de venganza, de poder, botín y despojos. A la revolución emocional sigue la rutina de la cotidia- neidad tradicional; el cruzado y la fe misma desapa- recen, o bien, lo que aun es más efectivo, se convierten en parte de la verborrea de los filisteos y de los técnicos políticos. Este desarrollo es espe- icialmente rápido en el caso de las luchas ideológicas, ya que, por lo general, éstas están conducidas o inspiradas por auténticos caudillos, o sea profetas de la revolución. Aquí, como en todos los aparatos di- rectivos, uno de los requisitos del éxito es la desper- sonalización, la cosificación, la proletarización espiritual

en favor de la disciplina. Tomado el poder, el séquito de un caudillo se convierte por lo general en un vulgar grupo de advenedizos.
El que quiere hacer política, y sobre todo el que quiere hacer política como profesión, debe comprender esta paradoja ética. Debe saber que es responsable de lo que él mismo puede llegar a ser, bajo el dominio de esa paradoja. Repito que quien hace política se entrega a las fuerzas diabólicas que ron- dan en torno a toda violencia. Los grandes virtuosos del amor por la humanidad y la bondad, de Nazaret, de Asís, o de los palacios reales indios, no operaron con los medios políticos de la violencia. Su reino "no era de este mundo", aun cuando hayan tenido y tengan eficacia en él. Platón, Karatajev y los santos de Dostoievsky continúan siendo sus más fieles imitadores. El que busca la salvación de su alma y de la de los demás, no debe buscarla a través de la política, pues el trabajo específico de la política sólo puede realizarse mediante la violencia.
El genio o el demonio de la política vive en tensión interna con el dios del amor, incluso con el dios cristiano en su formulación eclesiástica. Esta tensión puede trans- formarse en cualquier momento en un problema insoluble. Esto ya se sabía en la época del dominio de la Iglesia. El veto papal caía una y otra vez sobre Florencia, cuyos burgueses seguían combatiendo, sin embargo, contra los Estados eclesiásticos. Refi- riéndose a tales situaciones, Maquiavelo, en un her- moso pasaje de la Historia de Florencia, hace que uno de sus héroes alabe a los ciudadanos que pusieron la grandeza de su ciudad natal por encima de la salva- ción de sus almas.
Si en vez de ciudad natal o de "patria" (que hoy puede tener un valor dudoso para algunos) decimos "el futuro del socialismo" o "la paz internacional" tendremos el problema tal como se plantea en la actualidad. Todo lo que se intenta conseguir me- diante la acción política, que opera con la violencia, y según una ética de la responsabilidad, pone en pe- ligro la "salvación del alma". Si se intenta la "salva- ción del alma" en una lucha ideológica, según uña pura ética de la convicción, entonces el objetivo
puede resultar perjudicado y desacreditado para muchas generaciones, debido a la carencia de res- ponsabilidad por las consecuencias.
El que actúa así no tiene conciencia de las fuer- zas diabólicas que están en juego. Estas fuerzas son implacables y generan consecuencias que afectan tanto a la acción como a la intimidad del político, y frente a las que se verá impotente, si no las com- prende. "El diablo es viejo. Hazte viejo para poder comprenderlo". En esta frase no se trata de años cronológicos. Yo nunca me he dejado intimidar en una discusión por el dato de la fecha de nacimiento. Al contrario, el mero hecho de que alguien tenga veinte años y yo más de cincuenta no me impulsa a creer que eso deba ser un éxito que deba abrumar-

me. La edad no es lo decisivo, sino la capacidad ad- quiridas en la valoración de las realidades de la vida, en la habilidad de enfrentarlas y de estar a su altura. Claro que la política se hace con la cabeza, pero no sólo, con la cabeza. En este sentido tienen razón los defensores de la ética de la convicción. Es impo- sible prescribir si hay que actuar según una ética de la convicción o según una ética de la responsabili- dad, o cuándo según una y cuándo según la otra. Sólo se puede decir que en esta época de excitación
(y la excitación no es siempre una pasión auténtica) comienzan a surgir repentinamente políticos de convicción que comunican la consigna: "El mundo es estúpido y abyecto, pero yo no. La responsabili- dad por las consecuencias no recae sobre mí, sino sobre aquellos para quienes trabajo y cuya estupidez o cuya vileza yo aniquilaré". Ante estos políticos yo, por mi parte, averiguaría el grado de solidez interna de esa convicción. Pienso, sin embargo, que en la gran mayoría de los casos, me enfrento con charla- tanes que no saben lo que dicen y que sólo se em- borrachan con sensaciones románticas. No creo que esto tenga interés humano ni tampoco me emocio- na mucho. Sin embargo, me resulta infinitamente conmovedor el caso de un hombre maduro (no im- porta si de pocos o de muchos años) emotivamente consciente de la responsabilidad de su acción, que obra según una ética de la responsabilidad y que en un momento dado dice: "Hasta aquí llegué. No puedo obrar de otro modo". Esto es profunda- mente humano y conmovedor. A menos que uno esté espiritualmente muerto, esta situación se nos puede presentar en cualquier momento. En este sentido, una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad no son elementos contrapuestos,
sino complementarios y que al unísono han de for- mar al hombre auténtico, al hombre que puede tener "vocación por la política".
Afirmo, por último, que sería en extremo agra- dable que en el futuro los resultados de esta revolu- ción; que vivimos tuvieran tal aspecto que fuera aplicable a ellos lo que expresa el soneto 102 de Shakespeare:

Nuestro amor era nuevo, y entonces era primavera, Y entonces yo la saludaba con mi canto,
Como canta el ruiseñor en el comienzo del verano Y calla su trino cuando va madurando el día.

Pero el caso no es así. Ante nosotros no tene- mos el comienzo del verano, sino una noche polar, de oscuridad y miseria heladas, sea cuales fueren los grupos que ahora triunfen. Cuando no hay nada, no sólo el Emperador, sino el proletario pierden sus derechos. Cuando esta noche se desvanezca ¿cuáles de aquellos para quienes la primavera florece ac- tualmente con tanta exhuberancia estarán vivos?

¿Les espera la amargura o el transformarse en au- tómatas? ¿Aceptarán meramente el mundo y su pro- fesión? ¿O bien tomarán un tercer camino, que no
es el menos frecuente, el camino de la huida mística de la realidad? En estas alternativas no está contem- plada la posible acción del que tiene realmente vocación política, pues la política es precisamente una dura y lenta penetración en un material resistente, y para esto necesita a la vez pasión y mesura. Es una verdad probada por la experiencia histórica que en este mundo sólo se consigue lo posible si una y otra vez se lucha por lo imposible. Pero para esto el hombre debe ser tanto un dirigente como un héroe. E incluso los que no son ni dirigentes ni héroes de- ben armarse con esa fortaleza de corazón que capacita para tolerar la destrucción de toda esperanza; en caso contrario, ni siquiera se logrará realizar lo que actualmente es posible. Sólo tiene vocación para la política el que posee la seguridad de no quebrarse cuando, en su opinión, el mundo resulte demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofre- ce. Sólo tiene vocación para la política el que frente a todo esto puede responder: “Sin embargo".

Me ocuparé de “la ciencia como profesión”. Ahora bien, los economistas políticos tenemos una especie de pedantería peculiar, en la que me mantendré, y que consiste en comenzar siempre por las condiciones externas. Empezaremos entonces con la pregunta: ¿Cuáles son las condiciones de la cien- cia como profesión, en el sentido material del tér- mino? Actualmente esta pregunta equivale, prácticamente, a esta otra: ¿Qué perspectivas tiene un graduado decidido a trabajar como científico profesional en la universidad? Para comprender las especiales condiciones imperantes en Alemania conviene proceder por comparación y establecer las condiciones existentes en el país que al respecto
ofrece el contraste más agudo con Alemania, a sa- ber, los Estados Unidos. Sabemos que en Alemania la carrera de un joven que se inicia en la profesión científica comienza por lo general con la función de Privatdozent. E1 joven habla con el titular de la especialidad y, luego de obtener su autorización, se habilita sobre la base de una obra original y un examen en una universidad determinada. No recibe un salario, sino sólo la re- tribución resultante de la matrícula de los estudian- tes. Dentro de los límites de su venia legendi puede profesar cursos con temas a su elección.

En los Estados Unidos la carrera académica suele comenzar de un modo totalmente diverso, con el nombramiento de “ayudante". Esto es análo- go a lo qué ocurre en Alemania en los grandes ins- titutos de ciencias naturales y facultades de medicina, donde comúnmente sólo una pequeña fracción de los ayudantes intentan ubicarse como Privatdozenten, y a menudo cuando ya están avanza- dos en su carrera. En la práctica, esta diferencia sig- nifica que en Alemania la carrera académica está basada, en general; en requisitos plutocráticos, ya que a un científico joven sin fondos le resulta muy riesgoso aventurarse a las contingencias de la carrera
académica. Debe ser capaz de sostenerse por sí mismo al menos durante algunos años, sin saber si ha de alcanzar algún puesto que le permita vivir. En los Estados Unidos, por el contrario, rige el sistema burocrático. El joven recibe desde el comienzo un salario, aunque éste es bajo, ya que equivale al suel- do de un obrero semicalificado. Sin embargo su comienzo es sólido, pues recibe un sueldo fijo. Lo mismo que sucede con nuestros ayudantes, debe considerar, sin embargo, que se lo destituirá drásti- camente si no colcha las expectativas puestas en él. Estas expectativas se refieren a su capacidad de atraer grandes cantidades de estudiantes. Esto no puede ocurrirle a un Privatdozent alemán. Una vez nombrado, ya no puede ser destituido. Claro que no puede reivindicar “derechos", pero tiene la razona- ble esperanza de que al cabo de algunos años se le tenga cierta consideración moral y se lo tome en cuenta para la eventual habilitación de otros Pri- vatdozenten.

Otra diferencia entre el sistema alemán y el norteamericano es que, en Alemania, por lo general, el Privatdozent da menos clases de las que quisiera. Tiene derecho en principio a dar cualesquiera cur- sos en su materia. Pero esto sería visto como una
falta de consideración para con los profesores más antiguos. En general es el profesor titular el que da las clases "magistrales" mientras que el Privatdozent se ocupa de los temas secundarios. La ventaja de este sistema es que el Privatdozent, incluso contra su voluntad, tiene más tiempo para dedicar a sus tra- bajos científicos.

En Estados Unidos, en principio, el sistema es distinto. Precisamente es durante sus primeros años de carrera cuando al profesor se lo abruma de trabajo docente, ya que se le paga un salario. Por ejemplo, en un departamento de alemán el profesor no dará más de tres horas semanales mientras que el ayudante se dará por satisfecho si, además de los ejercicios de la lengua alemana, puede incluir en sus doce horas semanales de clase a poetas como Uhland. Son las autoridades las que establecen el curriculum y el ayudante debe ajustarse a él, como sucede con el ayudante de instituto en Alemania.

Últimamente es posible advertir cómo las re- cientes reformas universitarias en Alemania siguen el modelo norteamericano. Los grandes institutos de medicina o de ciencias naturales se convierten en empresas de "capitalismo de Estado". Sin grandes recursos no pueden trabajar, y en ellos se presenta
una de las características esenciales de la producción capitalista: la "separación del trabajador y de los medios de producción". El trabajador, aquí el ayudante, depende de los instrumentos cuyo uso le proporciona el Estado. De este modo depende tanto del director del instituto como el empleado de una fábrica depende de los directores administrati- vos; el director del instituto cree de buena fe que el instituto es "suyo" y actúa como si realmente lo fue- ra. La situación del ayudante es tan precaria como la de cualquier existencia "semiproletaria", como le ocurre también al ayudante de la universidad norteamericana.

La vida universitaria en Alemania se norteameri- caniza, como se norteamericaniza la vida alemana en general. Estoy convencido de que esta evolución llegará a abarcar las disciplinas en las que el especia- lista mismo es propietario de sus medios de trabajo (esencialmente de la biblioteca), así como en el pa- sado los artesanos eran propietarios de sus talleres. Este proceso está en pleno desarrollo.

Las ventajas de esta situación son indiscutibles, al igual que las de toda empresa capitalista burocra- tizada. Pero este nuevo "espíritu" difiere de la vieja atmósfera histórica de la universidad alemana. Ex-
terna e internamente hay un amplio abismo entre el jefe de una empresa universitaria capitalista y el ha- bitual profesor titular de viejo estilo. Externa e

in- ternamente la antigua constitución de la universidad se ha vuelto ficticia. Ha permanecido, sin embargo, e incluso se ha acrecentado, un factor peculiar de la carrera académica: el problema de si un Privatdozent o un ayudante podrán ascender al cargo de profesor titular o de director de instituto sigue dependiendo del azar. Claro que no sólo impera el azar, pero éste impera de un modo desmesurado. Creo que no hay otra carrera en la que el azar tenga tamaña magni- tud. La autoridad con la que afirmo esto proviene de mi experiencia personal, ya que en virtud de ciertas casualidades y de la buena suerte ocupé, en mi juventud, un cargo de profesor titular en una materia para la que otros colegas de mi edad y aun mayores que yo tenían más y mejores méritos que los míos. Esta experiencia me ha hecho muy sensi- ble para advertir el injusto curso del azar en la selección académica.

El hecho de que el azar importe más que la ca- pacidad no se debe solamente a las debilidades humanas que intervienen, naturalmente, en el proceso de selección. No sería justo atribuir a la mediocridad
personal de las autoridades educativas el hecho de la gran cantidad de mediocres que ocupan cargos aca- démicos en la universidad. Esto es algo que se debe a la cooperación de diversas instituciones, las facul- tades por un lado y el ministerio de Educación por el otro. Un fenómeno semejante lo encontramos en la elección papal: sólo en pocas ocasiones gana el cardenal considerado "favorito". Por regla general gana el cardenal número dos o número tres. Lo mismo ocurre con los presidentes de los Estados Unidos. Sólo excepcionalmente la convención par- tidaria nombra al candidato mejor y más famoso. Los norteamericanos ya han creado términos so- ciológicos técnicos para encuadrar a este tipo de hombre, y sería interesante investigar, mediante es- tos ejemplos; las leyes de una selección operada en virtud de una voluntad colectiva. No entraremos ahora en esta cuestión, y sólo nos limitaremos a ob- servar que esas leyes también tienen validez en la universidad, y, finalmente, que lo que puede asom- brar no es la gran cantidad de errores sino la mode- rada cantidad de aciertos. Sólo cuando en los nombramientos intervienen, por motivos políticos, el Parlamento, o el monarca, o el presidente o los ministros, o los dirigentes revolucionarios, se tiene
la seguridad de que la mayoría de los cargos habrán de ser monopolizados por los mediocres y los ad- venedizos.

No es grato para un profesor universitario re- cordar las discusiones sobre nombramientos, ya que éstas raras veces son placenteras; y sin embargo, puedo afirmar que en los numerosos casos que co- nozco, percibí la voluntad de proceder objetiva- mente.

Si vemos las cosas con claridad, advertimos que, no sólo los defectos de la selección realizada por la diversa colaboración determinan los azares de la carrera académica. Todo joven que se inicia en la carrera universitaria debe

hacerse consciente de que su trabajo tiene un doble aspecto. No basta capacitarse como estudioso, sino que además ha de califi- carse como profesor; y estas dos cualidades no se corresponden mutuamente ni mucho menos. Un mismo individuo puede ser un gran científico y un desastroso profesor. Las clases de Helmholtz y de Ranke son pruebas suficientes, y no son las únicas: En el orden de las cosas, las universidades alemanas, sobre todo las pequeñas, compiten ridículamente por conquistar la mayor cantidad de estudiantes. Los que alquilan habitaciones a estudiantes celebran
con festejos al estudiante número mil, y llegarían a conmemorar con desfiles y antorchas la llegada del estudiante número dos mil. El interés procedente del número de matrículas está condicionado, di- ciéndolo con franqueza, por el hecho de que profe- sores “atractivos" ocupen las cátedras; y además la cantidad de matrículas es un signo de éxito cuantifi- cable, mientras que la calidad científica no es cuanti- ficable. Todo se hace depender de la enorme ventaja y valor de la gran cantidad de estudiantes. Si se dice de un docente que es un mal profesor, esta opinión equivale a pronunciar una sentencia de muerte académica, aunque se trate del mayor sabio del mundo. Y la cuestión de que sea un mal o buen profesor se decide contando la cantidad de señores estudiantes que honran con su presencia al profe- sor; y ya se sabe que la mayor o menor asistencia de estudiantes depende, en una cantidad inmensa de casos, de circunstancias externas tales como el tem- peramento o las inflexiones de la voz del profesor. Una experiencia amplia y una serena reflexión me han llevado a la conclusión de que hay que descon- fiar de los cursos masivos, aunque sean inevitables. La democracia debe ceñirse a su propio ámbito. La educación científica que debe impartir por tradición
la universidad alemana es un problema de aristocra- cia intelectual, y no hay que equivocarse sobre este hecho. Claro que el trabajo didáctico más difícil es presentar los problemas científicos de modo que resulten comprensibles para una mente no formada, pero capacitada y ésta logre -y esto es lo decisivo- tener opiniones propias sobre el problema en cues- tión. Y en el éxito o en el fracaso de este trabajo no incide la cantidad de asistentes. El arte de enseñar es un don personal (diríamos un “carisma") que no equivale a la calidad científica de un sabio. En Ale- mania, a diferencia de Francia, no hay una academia de “inmortales" de la ciencia; según la tradición alemana, es la universidad la que debe satisfacer la doble exigencia de investigación y enseñanza. Es mera casualidad si estas dos distintas funciones, coinciden en un mismo individuo. En consecuencia, la vida académica es un puro azar. Es casi imposible aceptar la responsabilidad de alentar a un joven estudioso que viene a pedir con- sejo en cuanto a su habilitación para la docencia. Si es un judío hay que decirle sin más lasciate ogni spe- ranza. Pero a cualquier otro, aunque no sea judío, hay

que preguntarle: “¿Podrá usted soportar sin amargura y sin deteriorarse el espectáculo de que
año tras año las mediocridades pasen por encima suyo y lo sometan a su jerarquía?" Naturalmente la respuesta es siempre: “Desde luego, yo vivo sólo para mi profesión". Tengo que decir, sin embargo, que sólo unos pocos llegan a soportar esa situación sin sufrir.
Esto es todo lo que creo necesario formular so- bre las condiciones exteriores de la vida académica.
Con respecto a la vocación íntima podemos decir que actualmente está determinada, en primer lugar, por la circunstancia de que la ciencia ha entrado en una etapa de especialización antes desconocida y en la que se ha de mantener. Sólo la especialización rigurosa da al trabajador científico la conciencia plena de haber conseguido, tal vez por primera y única vez en su vida, algo permanente. Actualmente la obra importante y perdurable es obra de especia- listas. No está hecho para la ciencia el incapaz de ponerse anteojeras y de convencerse a sí mismo de que su destino depende de hacer la conjetura co- rrecta en tal o cual párrafo de tal o cual manuscrito. Nunca sentirá en sí mismo lo que podríamos de- nominar “vivencia" de la ciencia. Sin esta embria- guez, absurda para los profanos, sin esta pasión, sin la sensación de que “han debido pasar miles de años
para que yo apareciese y pusiera a prueba esta hi- pótesis", no se tiene vocación para la ciencia y hay que dedicarse á otra cosa. Nada es valioso para el hombre si no puede realizarlo con pasión.
Sin embargo, es un hecho que por profunda y sincera que sea la pasión no es posible forzar con ella la obtención del resultado. Es un requisito pre- vio para lo decisivo, a saber, la “inspiración". En la actualidad, entre los jóvenes, prevalece la idea de que la ciencia se ha convertido en una operación de cálculo, realizada en los laboratorios o en las tablas estadísticas, como en una “fábrica", y sólo con el frío intelecto y no con el “corazón". Ante todo, hay que afirmar, frente a esta idea, que la misma se debe a un juicio erróneo sobre lo que sucede en una fá- brica o en un laboratorio. En ambos, alguna idea conveniente debe ocurrírsele a alguien para que se produzca algo valioso, y esta intuición no puede ser forzada, y no tiene nada de un frío cálculo. Natu- ralmente que el frío cálculo es un requisito previo. Por ejemplo, ningún sociólogo, incluso en su vejez, puede quejarse por el hecho de estar obligado a de- dicarse durante meses a realizar cálculos triviales. No es posible descargarse impunemente este trabajo mediante la ayuda de medios mecánicos, si se desea extraer una idea de ese trabajo, aunque el resultado sea insignificante. Pero si no se le ocurre “idea" al- guna sobre la orientación de sus cálculos y sobre sus resultados ni siquiera se obtendrá ese resultado.

Estas “ideas" sólo surgen sobre la base de un trabajo muy duro, aunque haya excepciones a esta regla. Las intuiciones de un aficionado pueden tener la misma validez y fertilidad científicas que las de los especialistas, y muchas de nuestras mejores hipóte- sis y teorías se deben a aficionados. El aficionado sólo difiere del especialista porque carece de un método de trabajo firme y seguro, como ha dicho Helmholtz de Robert Mayer. En consecuencia, en la mayoría de los casos, no está en condiciones de controlar, valorar o incluso poner a prueba sus in- tuiciones. La intuición no es un sustituto del trabajo, y éste a tu vez no puede sustituir ni forzar a la intui- ción, y tampoco puede hacerlo la pasión. Tanto el trabajo como la pasión pueden producir la intuición, sobre todo cuando se complementan.

Las intuiciones se producen cuando a ellas se les ocurre, y no cuando lo queremos nosotros. En rea- lidad, las mejores ideas ocurren en la mente según lo describía Ihering: cuando uno fuma un cigarrillo sentado en el sofá; o bien, como decía Helmholtz

de sí mismo, cuando pasea calle arriba, o en una circunstancia semejante. De todos modos las ideas aparecen cuando menos se las espera y no cuando uno sufre, piensa y se rompe la cabeza en su mesa de trabajo. Naturalmente que las ideas no aparece- rían si uno no hubiese sufrido en su mesa de trabajo y no se preocupara por los problemas planteados.

De todos modos el trabajador científico debe afrontar el riesgo que implica todo trabajo científi- co, el riesgo de que la inspiración pueda producirse o no producirse. Es posible ser un trabajador ex- cepcional, y sin embargo no tener ideas valiosas. Es un error grave creer que esto sólo sucede en la cien- cia, y que en un negocio comercial las cosas ocurren de otro modo que en un laboratorio. Un comer- ciante o un gran industrial sin “fantasía comercial para los negocios", o sea, sin ideas, intuiciones y ocurrencia, será durante toda su vida un depen- diente o un empleado técnico. Jamás logrará con- formar una organización creativa. También en las organizaciones empresariales de la vida práctica la inspiración desempeña un papel, aunque la vanidad de los científicos piense lo contrario. Y por lo de- más la inspiración es tan importante en la ciencia como en el arte. Es una idea pueril creer que un matemático puede alcanzar resultados valiosos ope- rando en su mesa con una regla de cálculo o con otros recursos mecánicos. Naturalmente que la ima- ginación matemática de un Weierstrass está orienta- da de un modo muy distinto que la imaginación de un artista, en su sentido y en sus resultados; una y otra difieren cualitativamente. Los procesos psico- lógicos, sin embargo, no difieren. Ambas son frene- sí (en el sentido de la “manía" platónica) e “inspiración".

Tener inspiración científica depende de un des- tino oculto y también de ciertas “dotes". Sobre esta base se ha desarrollado actualmente, sobre todo en-

tre los jóvenes, una actitud que consiste en rendir a ciertos ídolos un culto que encontramos en la calle, en las conversaciones familiares y en los periódicos. Estos ídolos son la “personalidad" y la “experiencia personal". Ambas están íntimamente vinculadas, y prevalece la idea de que la segunda constituye la primera y es parte esencial de ésta. La gente se es- fuerza por “acumular experiencias personales", ya que con esto se promueve una personalidad. Y si no se logra, al menos hay que actuar como si se hubiese recibido ese don. Antes, en alemán, esa “experiencia personal" se denominaba “sensación", y se tenía
entonces una idea más correcta del significado de la “personalidad".
En el terreno de la ciencia, sin embargo, sólo tiene “personalidad" el que se dedica exclusivamente a su trabajo científico. Y esto no sólo vale para la ciencia. No hay ningún gran artista que haya `hecho otra cosa que estar al servicio de su arte y sólo de él. Incluso en él caso de una personalidad como la de Goethe, el arte ha resultado menoscabado por la libertad que el artista se tomó de tratar de convertir su “vida" en una obra de arte. Y aun cuando esto sea discutible, hay que ser un Goethe para permitir- se tal libertad, y no se negará que incluso un hom- bre tan excepcional como éste tuvo que pagar por esa libertad.
En el campo científico no es “una personalidad" quien aparece como empresario de la causa a la que debiera dedicarse e intenta legitimarse a través de su “experiencia personal" preguntando: “¿Cómo puedo demostrar que soy algo más que un mero especia- lista? ¿Cómo hacer para decir algo nuevo, sea en su forma o en su fondo?" En la actualidad éste es un comportamiento muy extendido que necesaria- mente disminuye a quien muestra semejantes preo- cupaciones, en vez de elevarse a la altura y honor de
la causa a la que pretende entregarse. También en esto coinciden el científico y el artista.
A pesar de la comunidad de premisas entre el trabajo científico y el artístico, uno y otro difieren profundamente por sus destinos. El trabajo científi- co se vincula al curso del progreso, mientras que en el arte no hay progreso en el mismo sentido. No es cierto que la obra de arte de una época que ha ela- borado nuevos recursos técnicos o un conocimiento más cabal de las leyes de la perspectiva sea, por esto, superior a otra obra realizada en una época sin el recurso de esos medios técnicos ni ese conoci- miento con tal que esta última obra haya sido pro- ducida tal como era posible hacerlo artísticamente sin aplicar aquellos recursos y aquel conocimiento. Una obra de arte auténticamente “realizada", nunca puede resultar superada ni puede envejecer. Cada individuo puede apreciar de modo diferente la im- portancia personal de las obras de arte, pero no po- drá decir que una obra “realizada" ha sido “superada" por otra que es también producto de una realización.

En la ciencia, por el contrario, sabemos que lo realizado envejece al cabo de diez, veinte o cin- cuenta años. Éste es el destino y el sentido del trabajo científico, al que éste debe obedecer de un modo especifico, en comparación con las demás esferas de la cultura, a las cuales se aplica lo mismo, en general. Toda "realización" científica plantea nuevas "cues- tiones"; exige ser superada y quedar anticuada. El que quiere dedicarse a la ciencia debe tener en cuenta este hecho. Por supuesto que hay obras científicas que pueden perdurar como "gratificacio- nes", en virtud de su calidad artística, o como ins- trumentos educativos. De todos modos, hay que insistir en que han de ser superadas, ya que éste es nuestro destino común e incluso nuestra común finalidad. No es posible trabajar sin la esperanza de que otros han de progresar aun más que nosotros, en un proceso que en principio es infinito. De este modo desembocamos en el problema del sentido de la ciencia.

Naturalmente que es difícilmente comprensible determinar por qué la tarea sometida a dicha ley de un progreso infinito sea algo en sí mismo razonable y significativo. ¿Por qué esforzarse en algo que en su esencia es inacabable? Una primera respuesta es que esa tarea se realiza por motivos prácticos o, en general, técnicos: a fin de poder orientar nuestra actividad práctica según las expectativas que nos

ofrece la experiencia científica. Esta respuesta es adecuada, pero sólo tiene sentido para el hombre práctico. Pero ¿cuál es la actitud del hombre de ciencia ante su profesión? En el caso, por supuesto, de que se preocupe por esta cuestión. Afirma que se dedica a la ciencia "por sí misma" y no porque gra- cias a la explotación de la ciencia otros logren éxitos comerciales, económicos o técnicos, y puedan ves- tirse, comer, alumbrarse y gobernarse mejor. Pero ¿en qué sentido piensa nuestro hombre que debe dedicarse a crear algo necesariamente destinado a envejecer, luego de haber surgido en una tarea inde- fectiblemente destinada a especializarse y a enveje- cer infinitamente? La respuesta a esta pregunta requiere algunas consideraciones generales.

El progreso científico es la parte más importante del proceso de intelectualización al que estamos sometidos desde hace milenios y que actualmente se suele considerar de un modo exageradamente nega- tivo. Ante todo, intentemos ver claramente el signifi- cado práctico de esta racionalización intelectualista operada por la ciencia y por la tecnología científi- camente orientada. ¿Significa, por ejemplo, que to- dos los universitarios tenemos de nuestras

condiciones de vida mayores conocimientos que un indio o un hotentote? Esto es muy difícil. A no ser que se trate de un físico, el que viaja en ómnibus no tiene ni idea de cómo puede moverse el vehículo. Tampoco necesita saberlo. Le basta con saber que puede "contar" con el comportamiento del ómni- bus, y orientar así su conducta, pero no sabe qué hacer para que el ómnibus funcione.

El salvaje sabe mucho más sobre sus instrumentos. Los distintos economistas políticos darán distintas respuestas al problema de saber por qué con una misma cantidad de dinero es posible comprar, eventualmente, canti- dades diversas de la misma cosa. El salvaje, en cam- bio, sabe cómo obtener su alimento cotidiano y qué instituciones le sirven para eso. En consecuencia, la intelectualidad y racionalización crecientes no signi- fican un mayor conocimiento general de nuestras condiciones de vida. Significan algo diferente, a sa- ber, el conocimiento o la certeza de que, en caso de quererlo, siempre podemos saber que en nuestra vida no intervienen fuerzas ocultas o imprevisibles, sino que en principio todo puede ser controlable y cal- culable. Esto significa que se expulsa lo mágico del mundo. Ya no hay que apelar a medios mágicos pa- ra controlar a los espíritus o moverlos a lástima, como hace el salvaje, para quien existen esos pode- res misteriosos. Ese control se logra mediante la técnica y los cálculos. Este es fundamentalmente el significado de la intelectualización.

Ahora bien, el proceso de exclusión de lo mági- co, que ha existido durante milenios en la cultura occidental, o sea el "progreso" en el que la ciencia se incluye como fuerza impulsora, plantea la cuestión de si todo esto tiene otro sentido además del pura- mente práctico y técnico. Este problema se halla planteado de modo ejemplar por León Tolstoi, que llega a una formulación peculiar. Su reflexión gira en torno a una sola cuestión, la de si la muerte es o no un fenómeno con sentido. La respuesta de Tolstoi es que para el hombre educado la muerte no tiene sentido. Y no lo tiene porque la vida individual civilizada, situada dentro de un "progreso" indefini- do, no puede, según su sentido inmanente, llegar a un límite determinado. Siempre es posible progresar más allá de un límite alcanzado; ningún mortal pue- de alcanzar las alturas de lo infinito. Abraham, o cualquier campesino del pasado, moría "viejo y sa- ciado de la vida" porque estaba dentro del ciclo or- gánico de la vida; porque, según su sentido íntimo, la vida ya le había dado cuanto podía ofrecerle; por-

que ya no quedaban dilemas que pretendiese resol- ver, y podía así estar "satisfecho" de la vida. El hombre civilizado, por el contrario, en la medida en que está situado en un mundo de continuo enrique- cimiento de la cultura, las ideas y los problemas, podrá sentirse "cansado de vivir" pero no "saciado". Sólo habrá aprehendido una mínima parte de lo ofrecido por la vida cultural y lo captado siempre será algo provisional y no definitivo. De este modo la muerte resulta para él un hecho sin sentido. Y puesto que la muerte carece de sentido, tampoco lo tiene la cultura como tal, que precisamente por su continua "progresividad" despoja a la muerte de sentido. Esta nota fundamental del arte de Tolstoi se repite en todas sus últimas novelas.

¿Qué hay que pensar de todo esto? Hay en el progreso como tal un sentido reconocible que tras- cienda lo puramente técnico a fin de servirle de vocación significativa? Es necesario plantear esta cuestión. Ya no se trata de la vocación del científico ni del significado que tiene la ciencia para quien se dedica a ella. El planteo de este problema significa preguntarse por la vocación científica y por el valor de la ciencia en la vida de la humanidad.

En esta cuestión hay una enorme diferencia en- tre el pasado y el presente. Recordemos la maravi- llosa imagen que se describe al comienzo del libro séptimo de La República de Platón. Un grupo de hombres está encadenado en una caverna, con los rostros vueltos hacia la pared del fondo y de espal- das a la luz, de modo que sólo pueden ver las som- bras que se proyectan en la pared. Uno de ellos escapa, se vuelve y mira hacia el sol. Cegado, regresa junto a sus compañeros y cuenta lo que ha visto. Los demás lo tratan de loco, pero poco a poco el liberado aprende a ver objetos y personas y no úni- camente sombras, e intenta, entonces, liberar a sus compañeros. Este es el filósofo y la luz del sol es la verdad científica, que no busca sombras de aparien- cias sino el verdadero ser.

¿Dónde se encuentra hoy una actitud semejante ante la ciencia? La juventud actual piensa más bien lo contrario. Para los jóvenes las construcciones científicas son abstracciones artificiales que tratan de alcanzar la sangre y la savia de la vida real sin conseguirlo jamás. Se considera que la verdadera realidad está en la vida, que para Platón sólo era un desfile de sombras en la pared; lo demás son restos derivados de la vida, fantasmas inanimados y nada más. ¿Cómo se produjo este cambio? El apasionado entusiasmo de Platón en La República se explica, en último análisis, por el reciente descubrimiento del concepto, uno de los mayores descubrimientos del conocimiento científico. Fue Sócrates quien descu- brió su trascendencia. No fue él el único descubridor del concepto. En la India se encuentran los bosquejos de una lógica muy similar a la aristotélica. Pero sólo en Grecia se toma conciencia de su importancia. Aquí apareció como un medio práctico para acorralar lógicamente a una persona y obligarla a confesar que o bien no sabía nada o bien que tal cosa y sólo ésa, era verdad, a saber, la verdad eterna que nunca moriría como mueren las pasiones y los impulsos de los hombres. Esta fue la excepcional experiencia que vivieron los discípulos de Sócrates. De ella parecía inferirse que una vez que se hubiese hallado el concepto de lo bello, de lo bueno, del coraje, del alma, o de lo que fuese, esto permitiría encontrar su verdadero ser, de modo que se pudiera enseñar y aprender el modo de actuar correcta- mente en la vida y, sobre todo, el modo de actuar como ciudadano del Estado, ya que éste problema era fundamental para el hombre griego, cuyo pensamiento era primordialmente político. Este era precisamente el motivo para dedicarse a la ciencia.

En el Renacimiento encontramos el segundo gran instrumento del trabajo científico: el experi- mento como medio digno de confianza de controlar la experiencia, sin la cual seria imposible la ciencia empírica actual. Ya con anterioridad se habían he- cho experimentos; por ejemplo, en la India, con experimentos psicológicos según la técnica ascética del yoga. También en Grecia y en la Europa medie- val se hicieron experimentos matemáticos con fines de técnica bélica y de trabajos de explotación mine- ra. Pero sólo el Renacimiento elevó el experimento a la categoría de principio de investigación. Los pioneros del experimento fueron los primeros gran- des innovadores del arte, por ejemplo, Leonardo y sus pares, pero sobre todo los músicos experimen- tales del siglo XVI, con su piano de pruebas. A par- tir de aquí el experimento pasó a las ciencias, especialmente por obra de Galileo, y luego a la teo- ría, a través de Bacon, y más tarde a las disciplinas exactas de las universidades continentales, sobre todo las italianas y las holandesas.
¿Qué significaba la ciencia para estos hombres situados en el umbral de la modernidad? Para los
artistas experimentales como Leonardo y los inno- vadores musicales la ciencia significaba la vía hacia el arte verdadero, y para ellos esto equivalía a la vía hacia la verdadera naturaleza. El arte debía ser eleva- do a la categoría de la ciencia y esto implicaba sobre todo que el artista debía ser elevado a la categoría de doctor. Esta ambición es la que se encuentra en el Tratado de la Pintura de Leonardo. Pero decir en la actualidad que la ciencia es la "vía hacia la naturale- za" seria una blasfemia para la juventud. La juven- tud actual trata más bien de liberarse del intelectualismo científico a fin de volver a la propia naturaleza, y de este modo a la naturaleza en gene- ral. ¿La ciencia como vía hacia el arte? Esta afirma- ción ni siquiera exige crítica. Pero en el momento del surgimiento de las ciencias exactas de la natura- leza se esperaba mucho más de ellas. Si recordamos la frase de Swammerdam ("aquí traigo pruebas de la providencia divina en la anatomía de un piojo"), comprenderemos que la ciencia indirectamente in- fluenciada por el protestantismo y el puritanismo, se tomaba a sí misma en aquel tiempo como signo del camino hacia Dios. Pero los filósofos de su tiempo ya no comparten esa actitud. Toda la teología pie- tista de la época, sobre todo Spener, sabía que ya no
se podía encontrar a Dios por ese camino, que ha- bía sido seguido en la Edad Media. Dios está oculto, sus propósitos no son los nuestros. Sin embargo, en las ciencias exactas de la naturaleza, se esperaba en- contrar los signos de sus propósitos respecto de la humanidad. ¿Qué sucede actualmente? Aparte de algunos niños adultos que se mueven en las ciencias naturales, ¿quién cree hoy que los descubrimientos de la astronomía, la biología, la física o la química, pueden enseñarnos algo sobre el sentido del mun- do?

¿La ciencia camino hacia Dios? ¿Camino hacia Dios, este poder irreligioso en que consiste la cien- cia? Se acepte o no, nadie ignora hoy que la ciencia es extraña a la idea de Dios. La liberación respecto del racionalismo y del intelectualismo es la condi- ción fundamental para vivir en unión con lo divino. Esta afirmación, u otra semejante, se oye hoy con frecuencia entre los jóvenes alemanes religiosos o que aspiran a tener experiencias religiosas. Por lo demás, lo que buscan estos jóvenes no es la expe- riencia religiosa sino la experiencia en general. Lo curiosa es el camino elegido: se quiere tomar con- ciencia de lo irracional, que hasta ahora no había sido tocado por la razón y el intelectualismo. A esto
lleva, en la práctica, la forma intelectualista moderna del irracionalismo romántico. El método de libera- ción del intelectualismo produce lo opuesto del ob- jetivo buscado por quienes lo emprendieron.
Después de la demoledora crítica de Nietzsche a esos “últimos hombres" que “inventaron la felici- dad", podemos dejar a un lado el ingenua optimis- mo con que se ha elogiado en la ciencia, es decir, en la técnica basada en la ciencia, el camino hacia la felicidad. Nadie puede hoy creer en esto, salvo los niños adultos que se encuentran en las universida- des o en las salas de redacción de los diarios.
Retomemos la exposición. Dando por acordado que han naufragado todas las antiguas ilusiones so- bre la ciencia como camino “hacia el verdadero ser", “hacia el verdadero arte", “hacia la verdadera natu- raleza", “hacia Dios", ¿cuál es el sentido de la cien- cia como vocación? Tolstoi ha dado la respuesta más simple: “La ciencia no tiene sentido ya que no tiene respuesta para los únicos problemas que nos conciernen, los de qué debemos hacer y cómo de- bemos vivir". Es indudable que la ciencia no res- ponde a estos problemas. Pero también se podría decir que la ciencia no ofrece “ninguna" respuesta y que, por el contrario, contribuye a plantear correc- tamente esos problemas. En la actualidad se habla con frecuencia de una ciencia libre de “supuestos previos". ¿Es esto posi- ble? Todo depende de lo qué se entienda por esa expresión. Todo trabajo científico supone la validez de la lógica y de la metodología, que fundamenta nuestra orientación en el mundo. Estos supuestos no plantean graves problemas. Otro supuesto de la ciencia es el de que ésta tiende a obtener un resulta- do importante, en el sentido de que es “digno de saber". Pero este supuesto vuelve a plantear todas nuestras cuestiones, pues el mismo no es científi- camente demostrable. Sólo se lo puede interpretar en cuanto a su sentido último, y se lo puede rechazar o aceptar según la actitud fundamental de cada uno frente a la vida.
Además, la estructura de las diferentes ciencias diversifica la relación de las ciencias con esos su- puestos previos. Las ciencias naturales como la físi- ca, la química o la astronomía presuponen, como algo evidente que vale la pena

conocer, las leyes del proceso cósmico. Y esto tanto porque con estos conocimientos pueden lograrse éxitos técnicos co- mo porque también se satisface la vocación científi-
ca que busca el conocimiento por sí mismo. Este supuesto no se puede demostrar, así como tampoco se puede demostrar que sea digno de existir el mun- do tal como lo describen cesas ciencias, que ese mundo tenga un sentido y oque tenga un sentido vivir en él. Las ciencias naturales no se plantean es- tas cuestiones.

Veamos la medicina moderna, una ciencia técni- camente muy desarrollada desde el punto de vista científico. El "supuesto" general de la medicina es que hay que conservar la vida como tal y disminuir el sufrimiento tanto como se pueda. Este es un su- puesto muy problemático. El médico emplea sus recursos para mantener vivo a un enfermo incura- ble, aunque éste le ruegue que lo libere de la vida, aunque los parientes, que quieren verlo liberado del dolor y no pueden pagar los gastos de atención, de- seen, voluntaria o involuntariamente, y con razón, la muerte del enfermo. Pero el Código Penal y las normas médicas impiden que el médico desista de su actitud. La medicina no se pregunta si la vida es digna de ser vivida o si no lo es. Las ciencias natu- rales responden al problema de lo que hay que ha- cer para dominar técnicamente la vida, pero dejan a un lado, o dan por supuesta, la cuestión acerca de si
debemos o deseamos alcanzar ese dominio técnico de la vida.

Veamos ahora una disciplina como la estética. La existencia de las obras de arte es el punto de partida de la estética, y ésta trata de investigar en qué condiciones se realiza el hecho de esa existen- cia, pero no se plantea, sin embargo, la posibilidad de que el reino del arte sea quizás un reino de pode- río diabólico, un reino de este mundo y, por esto, esencialmente hostil a Dios y hostil también a la comunidad humana, en cuanto a su espíritu funda- mentalmente aristocrático. Por esto la estética no nos dice si deben existir o no obras de arte.

Consideremos la jurisprudencia. Esta se limita a establecer lo que es válido según las normas del pensamiento jurídico, y éste obedece a esquemas que en parte son lógicos y en parte son convencio- nes compulsivas. La jurisprudencia determina la obligatoriedad de normas jurídicas y de métodos de interpretación. Pero no responde a la cuestión de la necesidad del Derecho y de tales o cuales normas y no de otras; se limita a establecer cuál es el medio para alcanzar determinado resultado, de acuerdo con las reglas de nuestro pensamiento jurídico.

Consideremos las ciencias históricas. Estas en- señan a interpretar los fenómenos políticos, artísti- cos, culturales y sociales, según las condiciones de su aparición, pero no responden al problema de si tales fenómenos debieron o

deben existir, y tampo- co responden al problema ulterior de si vale la pena conocerlos. Dan por supuesto que existe un interés por participar, a través de ese conocimiento, en la comunidad de los "hombres cultos"; pero esto no se puede demostrar científicamente. El hecho de dar por supuesta la existencia de ese interés no prueba de ningún modo que éste sea evidente, y, de hecho, no lo es.

Consideremos disciplinas como la sociología, la historia, la economía, la teoría del Estado y la de- nominada filosofía de la cultura que se propone la interpretación de los fenómenos dé ese tipo. Por mi parte me adhiero a la afirmación de que en las aulas no debe entrar la política. En primer lugar son los estudiantes quienes no deben hacer política. Si los estudiantes pacifistas de Berlín armaran un escán- dalo en la clase de mi antiguo colega Dietrich Schäfer, yo lo deploraría, así como deploro el es- cándalo que al parecer le han armado los estudiantes antipacifistas al profesor Förster, cuyas opiniones, en muchos aspectos, difieren de las mías. Pero tam- poco los profesores deben hacer política en las au- las, y menos todavía cuando deben ocuparse de la política desde el punto de vista científico. Una cosa es tomar una posición política práctica, y otra estu- diar las estructuras políticas y la política partidaria. Si en una reunión pública se habla de democracia, no se trata de ocultar la propia posición, ya que, justamente el deber es tomar partido. El vocabulario que se usa en esas reuniones no es un instrumento de análisis científico, sino de propaganda política frente a un público. Es un medio de lucha, una es- pada contra el enemigo, un arma, y no un abono del pensamiento reflexivo. Pero sería infamante usar de este modo las palabras en un aula o en una confe- rencia. Si aquí se habla de "democracia", por ejem- plo, se tratará de mostrar sus diversas configuraciones, sus modos de funcionamiento, sus consecuencias sobre la vida, su confrontación con formas políticas no democráticas; se tratará de que el oyente pueda tomar una posición a partir de sus propios ideales. Pero el verdadero maestro no debe- rá imponer desde la cátedra ninguna posición de- terminada, ya sea directamente o a través de sugerencias. El "dejar que los hechos hablen por sí
mismos" es la forma más desleal de imponer una actitud política a los alumnos.

¿Por qué no se debe hacer esto? Ante todo diré que algunos de mis apreciados colegas piensan que no es posible realizar esta autolimitación y que, in- cluso en caso de que lo fuese, sería un puro capri- cho proceder de ese modo. Naturalmente que es imposible demostrarle científicamente a alguien cuál ha de ser su deber como profesor. Lo que sí es exi- gible es que el profesor tenga la probidad intelectual para determinar que una cosa es establecer hechos, definir relaciones matemáticas o lógicas o la estruc- tura interna de fenómenos culturales; y otra cosa es responder cuestiones sobre el valor de la cultura y de sus contenidos concretos, y sobre cuál debe ser el comportamiento del hombre

en la comunidad cul- tural y en las asociaciones políticas. Y si se pregunta por qué no se deben tratar estos problemas en el aula hay qué responder que por la razón de que la cátedra académica no es lugar para demagogos o profetas. Al demagogo y al profeta se les dice: “Salgan a la calle y hablen públicamente a todos". O sea, en un lugar donde se puedan hacer críticas. En el aula el que habla es el profesor y los oyentes deben guardar
silencio. Es una total falta de responsabilidad por parte del profesor aprovechar la circunstancia de que los estudiantes, para seguir su carrera, están for- zados a asistir a las clases del profesor, en las que no se le puede hacer críticas. La misión del profesor consiste en servir a los estudiantes con sus conoci- mientos y su experiencia científica. Naturalmente que siempre es posible que el profesor no pueda prescindir por completo de sus opiniones políticas. Entonces se expondrá a la crítica más aguda de su propia conciencia. Y este hecho no demuestra nada; también es posible cometer errores tales como ha- cer afirmaciones equivocadas, y esto tampoco de- muestra nada contra el deber de buscar la verdad. Esto es también condenable en nombre del interés científico. Sobre la base de la obra de nuestros his- toriadores, me atrevo a probar que cuando un cien- tífico hace intervenir sus propios juicios de valor desaparece su plena comprensión del tema. Pero no abarcaremos ahora la amplitud de este problema.

Me limito a preguntar cómo es posible que un católico y un masón que asisten juntos a un curso sobre las formas de la Iglesia y del Estado puedan tener el mismo criterio de evaluación. Naturalmente esto es imposible. Pero el profesor debe ser tan útil
al uno como al otro con sus conocimientos y técni- cas. Se objetará que un católico dogmático no aceptará la explicación que sobre el origen del cris- tianismo pueda dar un profesor no creyente. Si bien esto es correcto, la diferencia se mantiene y es, ésta: la ciencia “libre de supuestos previos", en la medida en que rechaza los condicionamientos religiosos, no acepta ni el milagro ni la revelación. Si la ciencia aceptara el milagro y la revelación, traicionaría esos mismos supuestos. La ciencia “libre de supuestos" simplemente espera del creyente que éste reconozca que si hay que explicar el origen del cristianismo sin considerar esos elementos sobrenaturales, entonces hay que explicarlo justamente del modo como lo hace el científico. El creyente puede reconocer esto sin traicionar su fe.

En estas condiciones, ¿qué significado puede te- ner la contribución de la ciencia para aquellos a quienes no les interesa el conocimiento dé los: he- chos y sólo sé preocupan por las tomas de posición en la práctica? Pero quizá las ciencias, pueden hacer una contribución.

La tarea fundamental de un profesor es la de en- señar a sus alumnos a reconocer los hechos “incó- modos", o sea los hechos que puedan resultar

incómodos para la tendencia política compartida por los alumnos. Y para todas las tendencias políti- cas; incluso la mía, hay hechos incómodos. Creo que el profesor realiza más que una mera contribu- ción intelectual cuando obliga a sus alumnos a acostumbrarse a esa incomodidad. Incluso diré con inmodestia que en este caso hace un "aporte ético", aunque esto pueda parecer grandilocuente.

Por el momento sólo hemos considerado las ra- zones prácticas por las que el profesor debe evitar la imposición de sus opiniones políticas a los alumnos. Éstas no son las únicas razones. Los motivos por los que es imposible la defensa "científica" de las posturas prácticas (salvo cuando se trate de determinar los medios más adecuados para alcanzar un fin ya establecido) son mucho más profundos.

Esa defensa resulta imposible en vista del con- flicto insoluble entre los contrapuestos sistemas de valores. Mill padre, cuya filosofía no comparto en general, estaba sin embargo en lo justo al decir que cuando se sale de la pura experiencia se cae en el politeísmo. Aunque esta afirmación parezca chata y paradójica tiene algo de verdad. En la actualidad volvemos a comprender que algo puede ser sagrado, no sólo a pesar de no ser bello, sino precisamente porque no lo es. En el capítulo 53 del libro de Isaías y en el Salmo 21 hay referencias sobre la cuestión. También sabemos, sobre todo a partir de Nietzsche y del Baudelaire de Las flores del mal, que algo puede ser bello, no sólo a pesar de no ser bueno, sino pre- cisamente porque no lo es. Y también la erudición corriente sabe que algo puede ser verdadero, a pesar de no ser bello, ni sagrado, ni bueno. Y sin embargo éstos sólo son los casos más simples de la contienda entre los diversos sistemas de valores. No puedo ver cómo es posible decidir científicamente entre el valor de la cultura francesa y el de la cultura alema- na. Aquí también tenemos una lucha entre dioses antagónicos, que aparentemente ha de ser eterna.

Se trata nuevamente, aunque en otro sentido, de la lucha del mundo antiguo, cuando todavía no ha- bían sido excluidos los dioses y demonios. El hom- bre griego ofrecía sacrificios a Afrodita, a Apolo, y sobre todo a los dioses de la propia ciudad, y en la actualidad hacemos lo mismo, aunque el culto haya perdido su carga religiosa y su plasticidad mítica. Las luchas de estos dioses son gobernadas por el destino y no por la ciencia. Sólo se puede establecer en qué consiste la esencia de lo divino en uno y otro orden. Hasta aquí llega todo lo que un profesor

puede exponer en un aula, aunque con esto no se soluciona el problema vital subyacente. Aquí deci- den otros poderes que los universitarios.

¿Quién se atrevería a "refutar científicamente" la ética del Sermón de la Montaña? ¿Por ejemplo, la frase "no resistir el mal" o la figura che ofrecer la otra mejilla? Y sin embargo está claro que desde el punto de vista mundanal

aquí se predica una ética de la indignidad. Se trata de elegir entre la ética de dignidad religiosa del Evangelio y la dignidad viril que aconseja resistir el mal, pues de lo contrario se es responsable de su triunfo. Conforme a la actitud esencial de cada uno, uno de esos principios es di- vino y el otro diabólico, y le concierne a cada indi- viduo cuál es para él el divino y cuál el diabólico. Lo, mismo sucede en todos los órdenes de la exis- tencia.

El grandioso racionalismo de una vida ética y metódica contenido en toda profecía religiosa, supe- ró aquel politeísmo en favor de "lo único indispensable", pero luego el cristianismo, en Virtud de las realidades de la vida externa e interna, entró en los compromisos y relativizaciones que constituyen su historia. Actualmente esto es rutina. Muchos viejos dioses, despojados de religiosidad y convertidos en
fuerzas impersonales, vuelven de sus tumbas y lu- chan por dominar nuestra vida y por imponerse entre ellos. Para el hombre moderno, y sobre todo para los jóvenes, lo difícil es esa rutina cotidiana. La búsqueda de la "experiencia personal" procede de la flaqueza que consiste en la incapacidad de soportar el duro aspecto del destino de nuestra época.

El destino de nuestra civilización consiste en comprender de nuevo y claramente esa lucha, des- pués de haber estado cegados durante todo un milenio por la supuestamente exclusiva orientación de nuestra vida en función del fervor grandioso de la ética cristiana.

Dejemos a un lado la vastedad de estos proble- mas. A lo que llevamos expuesto una parte de la juventud alemana contestaría: "Sí, pero precisa- mente vamos a la universidad para escuchar análisis y mostraciones de hechos". Esta actitud está equi- vocada en la medida en que busca en el profesor lo que éste no puede ofrecer. Se busca en él un líder y no un profesor; pero precisamente estamos en la cátedra como profesores. Y es fácilmente compren- sible que ambas cosas son distintas. Una nueva refe- rencia a Norteamérica nos permite señalar que estos
problemas se producen allí de manera más masiva y original.

El estudiante norteamericano aprende muchas más cosas que el alemán. A pesar del número in- creíble de exámenes que debe rendir, no se ha convertido absolutamente en ese "ser que da exámenes" que es el estudiante alemán. En efecto, en los Esta- dos Unidos la burocracia, que condiciona al diplo- ma el ingreso en el reparto de los cargos, está en sus comienzos. El joven norteamericano no respeta na- da ni a nadie, ni las tradiciones ni los cargos públi- cos, pero sí el éxito individual de quien los ocupa. A esto los norteamericanos lo llaman "democracia". El estudiante norteamericano, frente al profesor que tiene delante, piensa que éste le vende sus conoci- mientos y sus técnicas a cambio del dinero de su padre, así como el verdulero le vende tomates a su madre. Y esto es todo. Si el profesor es además campeón de

béisbol, entonces lo reconocerá como líder en ese terreno, pero si no lo es (o no es algo semejante en otro deporte) no será nada más que un profesor; a ningún joven norteamericano se le ocu- rrirá comprarle una "concepción del mundo" o normas de conducta. Ahora bien, planteadas así las cosas, deberíamos rechazarlas. Pero la cuestión es la
de saber si la situación, incluso planteada exagera- damente, no tiene algo de verdad.

Los estudiantes exigen de los profesores cuali- dades de caudillos, sin comprender que el noventa y nueve por ciento de los profesores no son y no pretenden ser campeones de béisbol, ni tampoco "dirigentes" en cuanto al modo de vivir. El valor de un hombre no depende de sus cualidades de dirigente, y, en todo caso, las cualidades que hacen de un hombre un excelente profesor no son las mismas que las que se exigen para que un dirigente capacitado realice una actividad política. Es un mero azar que un profesor posea también estas cualidades, y sería muy peligroso que un profesor fuera exigido a llevar a la práctica esas cualidades aun más peligroso sería permitir qué todo profesor se estableciera co- mo dirigente en el aula. Los que más tienen la tenta- ción de acaudillar a los alumnos son los menos capacitados para ello, y prescindiendo del caso de que lo sean o no lo sean, la cátedra simplemente no da posibilidad para probarlo. El profesor con voca- ción para aconsejar a la juventud y que se ha ganado la confianza de ésta debe hacer su labor en la relación personal con sus alumnos. Y si se siente tenta- do a comprometerse en las luchas entre las
concepciones del mundo y las opiniones partidarias, debe hacerlo fuera de la universidad, en la calle, en los periódicos, en reuniones, en asociaciones, donde sea. En efecto, resulta demasiado cómodo exhibir la firmeza de las propias opiniones en un lugar donde los oyentes, y posibles oponentes, están condenados al silencio.

Veamos, finalmente, la pregunta: En este caso,
¿qué aporta la ciencia, desde un punto de vista po- sitivo, a la "vida" práctica y personal? Aquí encara- mos otra vez el problema de la ciencia como "vocación".

En primer lugar, la ciencia aporta conocimientos sobre la previsión que permite el control técnico de la vida, tanto de los objetos externos como del pro- pio comportamiento humano. Se dirá, y ésta tam- bién es mi opinión, que de este modo nos encontramos simplemente con el verdulero del mu- chacho norteamericano. En segundo lugar, la cien- cia aporta algo que de ningún modo hace el verdulero: aporta métodos de pensamiento, instru- mentos y preparación para pensar. Quizá se objete que si bien éstos no son verduras, no dejan de ser un medio para obtenerlas. Concedámoslo, y deje- mos esto por el momento. Pero con esto no se

agotan los aportes de la ciencia; hay todavía un ter- cer objetivo de la misma: la claridad. Claro que en el supuesto de que el profesor la posea. Si se obtiene la claridad; los profesores pueden plantear clara- mente a sus alumnos que pueden adoptar tales o cuales actitudes prácticas frente a un problema de valor. Si se adopta una actitud determinada, enton- ces, según la experiencia científica, se habrán de aplicar tales o cuales medios para llevarla a la práctica. Pero estos medios pueden ser de tal índole que se tenga el deber de rechazarlos; en este caso habrá que elegir entre el fin y los medios inevitables. ¿El fin justifica los medios? El profesor puede enfrentar a sus alumnos con la necesidad de esa elección, pero no puede ir más allá, si quiere seguir siendo un pro- fesor y no un demagogo. Y también el profesor puede decir que si sus alumnos quieren tal o cual fin deberán contar con las consecuencias secundarias que de acuerdo con nuestra experiencia habrán de presentarse. Nos encontramos con la misma situa- ción anterior. En realidad también pueden planteár- sele problemas al técnico que a menudo debe decidir según el principio del mal menor o de las ventajas relativas. Sólo que al técnico ya se le da de entrada lo principal, o sea el fin. Pero precisamente
es el fin lo que no se da cuando se trata de proble- mas verdaderamente "esenciales". De este modo se llega al último aporte que puede hacer la ciencia al servicio de la claridad, aporte que también determi- na sus límites: el profesor puede y debe decirles a sus alumnos que una posición práctica determinada deriva con coherencia lógica de tal concepción del mundo (o de tales concepciones del mundo) pero no de tales otras. En sentido figurado, al tomar de- terminada actitud se sirve a determinados dioses y se ofende a otros. Es obvio que las ideas que estoy exponiendo se desprenden del hecho de que la vida consiste en una incesante lucha de dioses. O dicho literalmente, se trata de la imposibilidad de hacer coincidir las diver- sas actitudes que en última instancia pueden adop- tarse ante la vida, de modo que es imposible resolver la lucha, y se hace necesario elegir entre una u otra actitud. Son, de este modo, cuestiones que sólo se pueden decidir mediante un juicio de valor las de saber si tiene valor la adopción de la ciencia como "vocación" o si la ciencia como tal tiene una "vocación" efectivamente válida. Pero de estos jui- cios no se puede decidir en un aula. Precisamente que la ciencia tiene un valor es el supuesto necesario
de que se la enseñe. Pero también es un supuesto la opinión que ve en el intelectualismo el puro demo- nio, opinión que hoy mantiene la juventud alemana, o, más bien, que cree mantener. Y en esto los jóve- nes deberían recordar la frase: "El diablo es viejo, y hay que hacerse viejo para comprenderlo". Esto no se refiere a la edad en sentido cronológico. Se trata de que si se quiere derrotar a ese demonio, no hay que huir de él, como

actualmente se desea hacer, sino que hay que descubrir los medios de que se vale para averiguar cuáles son sus poderes y sus lí- mites.
En la actualidad la ciencia es una “vocación" que se realiza a través de las disciplinas especializadas, al servicio de la conciencia de nosotros mismos y del conocimiento de determinadas correlaciones entre hechos. Este es un dato histórico que no se debe olvidar si se quiere mantener la lealtad con uno mismo. Actualmente la ciencia no es una gracia de adivinos y profetas que reparten sacralizaciones y milagros, y tampoco se identifica con la reflexión de sabios y filósofos sobre el sentido del universo. Si aquí retomamos el interrogante de Tolstoi acerca de quién ha de decirnos cómo debemos actuar y cómo debemos orientar nuestra vida -puesto que la ciencia
no lo hace-, diremos que esas respuestas sólo po- drán venir de un profeta o de un salvador. Si no existe ese profeta o si su mensaje ya no tiene validez resultará vana la tentativa de pretender que millares de profesores, en tanto que mercenarios privilegia- dos pagados por el Estado, tomen el papel de pe- queños profetas. De este modo sólo se conseguirá obstaculizar que se vea con claridad que en verdad no existe ese profeta deseado por la mayoría de los jóvenes. De lo que se trata es de no ocultar el hecho primordial de que vivimos en una época sin profe- tas y de desconocimiento de Dios. Precisamente un íntegro espíritu religioso debería rebelarse contra el intento de sustituir con profesores a los auténticos profetas.
Quizá se pregunte aquí a qué se debe la existen- cia de la “teología" y de su pretensión de ser una “ciencia". Demos una respuesta. Naturalmente que la “teología" y los “dogmas" no son fenómenos universales, pero tampoco se encuentran sólo en el cristianismo. También los encontramos en el Islam, en el maniqueísmo, en la gnosis, en el orfismo, en el parsismo, en el budismo, en las sectas hindúes, en el taoísmo, en los upanishadas y, naturalmente, en el judaísmo. Es obvio que su desarrollo sistemático ha
sido muy diverso. No es casualidad que sea el cris- tianismo occidental, a diferencia del contenido teo- lógico del judaísmo, el que ha elaborado sistemáticamente la teología y le ha dado un signifi- cado histórico extraordinario. La teología occidental procede del espíritu griego, así como la teología oriental se remonta al pensamiento hindú. Toda teología es una racionalización de los contenidos reli- giosos. No hay ciencia que pueda privarse de su- puestos previos, y ninguna ciencia puede demostrar su propio valor a quienes no aceptan esos supues- tos; la teología, por su parte, introduce para su desa- rrollo y legitimación ciertos supuestos específicos. Toda teología, incluida por ejemplo la teología hin- dú, presupone que el mundo debe tener un sentido y su problema consiste en saber cómo se ha de inter- pretar ese sentido, a fin de hacerlo comprensible. Tenemos aquí una situación semejante a la de la teoría kantiana del conocimiento. Kant pare del su- puesto de que

“existe una verdad científica válida" y se pregunta luego por las condiciones subjetivas que hacen posible esa verdad. También es semejante a la situación de los estéticos modernos (como G. von Lukacs), que parten del supuesto de que “las obras
de arte existen" y se preguntan luego cómo es posi- ble esa existencia y cuál es su sentido.

Además de este supuesto (esencialmente religio- so y filosófico) las teologías admiten otro supuesto, a saber, el de la creencia en ciertas “revelaciones" que importan para la salvación y que revisten de sentido a la vida, así como que ciertos estados, y actos subjetivos tienen un carácter sagrado, es decir, son un modo de vida o, al menos, participan en un modo de vida. Por esto, la teología se pregunta por la integración de esos supuestos previos en una concepción del universo. Estos supuestos, para la teología, trascienden toda “ciencia". No son un “conocimiento" en el sentido corriente de esta pala- bra, sino más bien una “posesión". La teología no puede transmitir la fe a quien no la tiene de ante- mano. Tampoco puede transmitírsela ninguna otra ciencia. Al contrario, en toda teología “positiva" el creyente llega a un punto en que vale para él la frase de San Agustín: credo non quod, sed quia absurdum est. La capacidad para alcanzar este verdadero “suicidio del intelecto" es la señal distintiva del hombre reli- gioso. Este hecho nos revela que la tensión entre la esfera de los valores “científicos" y la esfera de, “lo religioso" es totalmente insuperable. Sólo el discípulo ofrece al profeta, o el creyente a su iglesia, este “sacrificio del intelecto". Pero hasta ahora no ha aparecido una profecía nueva que pue- da servir para que algunos intelectuales decoren sus almas, por decirlo así, con antigüedades de garanti- zada autenticidad. A1 tratar de hacerlo toman, de entre esas cosas viejas, la religión que ya no poseen, y edifican para sí mismos, a modo de sustitutivo, un altarcito doméstico, repleto de pequeñas imágenes sagradas de todos los países, o bien la reemplazan con una mezcla de experiencias vitales, a las que confieren título de santidad mística y a las cuales ofrecen en el mercado editorial. Pero todo esto es mera charlatanería o ganas de engañarse a sí mis- mos. Pero puede no haber charlatanería, sino algo sincero y auténtico, en el caso de que algunas de las asociaciones de jóvenes que se han desarrollado si- lenciosamente en los últimos años den a su comu- nidad humana el sentido de una confraternidad religiosa, cósmica o mística. A pesar de que todo acto de verdadera fraternidad puede hacer surgir la conciencia de que mediante él se agrega algo impe- recedero a un dominio suprapersonal no creo, por mi parte, que la dignidad de las relaciones puramente humanas se acreciente con la adopción de
una forma religiosa. Pero esto desborda nuestro tema.

El destino de nuestra época se caracteriza por una racionalización e intelectualización y, sobre to- do, por la pérdida de la religiosidad del mundo.

Pre- cisamente los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han recluido en el reino trascendente de la vida mística, o en la fraternidad de las relaciones personales inmediatas. No es casual que nuestro arte más grande sea actual- mente un arte íntimo y no monumental, y tampoco es casual que sólo dentro de los círculos más ínti- mos y reducidos, vibre, en pianissimo, ese algo que corresponde al pneuma profético que en otra época, como grandioso fuego, arrasó, disolviéndolas, co- munidades enteras. Cuando se quiere forzar un es- tilo de arte monumental, se realizan las penosas monstruosidades que son muchos de los monu- mentos erigidos en los últimos veinte años. Y cuan- do se trata de construir nuevas religiones sin profecías nuevas y auténticas, sucede algo semejan- te, cuyas consecuencias son todavía peores. Y, fi- nalmente, cuando se emiten profecías desde la cátedra, podrán crearse sectas fanáticas, pero no una auténtica comunidad. A quienes no pueden soportar virilmente el destino de nuestra época, hay que de- cirles que más vale que se marchen en silencio, sim- ple y sencillamente, sin la tradicional publicidad delos renegados, a refugiarse en las viejas iglesias, que habrán de recibirlos fácil y piadosamente. Natu- ralmente que en ellas habrán de "sacrificar el inte- lecto". Si lo consiguen, no habrá reproches para ellos. Ese sacrificio al servicio de una causa religiosa incondicional es éticamente otra cosa que el olvido del simple deber de la probidad intelectual que se produce cuando no se tiene bastante valor como para tomar conciencia de la propia actitud funda- mental. En mi opinión esa entrega es más respetable que los profesores académicos que no terminan de entender que en el aula no hay otra virtud que la simple probidad intelectual. Esta misma probidad nos obliga a manifestar que la situación de los mu- chos que actualmente esperan nuevos profetas y salvadores es la misma que resuena en la hermosa canción del centinela edomita del período del exilio, incluida en las profecías de Isaías:

Una voz que llama desde Seir, en Edom, me dice: "Centinela, ¿hasta cuándo durará la noche?"
El centinela responde:
"Ya llegará la mañana, pero todavía es de noche. Si queréis preguntar, volved otra vez".
El pueblo a quien fueron destinadas estas pala- bras ha preguntado y esperado durante más de dos milenios y todos conocemos su conmovedor desti- no. De este ejemplo extraeremos la lección de que no sólo debemos esperar y anhelar. Debemos hacer algo más. Debemos ponernos a trabajar y satisfacer, como hombres y como profesionales, las "exigencias de cada día". Esto es simple y sencillo si cada uno descubre y obedece al demonio que maneja los hilos de su propia vida.